



COPLAS Y SAB©RES:

**“DEL CAMPO A LAS TABLAS A TRAVÉS DE UN EJERCICIO
DRAMATÚRGICO”**

Camilo Andrés Mora Díaz

2018277023

Camila Andrea Cristancho Mariño

2020277010

Manuel David Chaves Pinzón

2020277008

Universidad Pedagógica Nacional de Colombia

Facultad de Bellas Artes

Tutor: Diego Armando Lozano

Bogotá D.C, Colombia

2025

Para colmo de mis penas y alegría de mis tormentos,
por eso yo he quebrantado de Dios los diez mandamientos.
El primero amar a Dios, yo no lo amo como debo,
solo por amarte a ti, hermosísimo lucero.
El segundo es no jurar, yo mil veces he jurado,
el no comer ni beber hasta no verme a tu lado.
El tercero que es oír misa, no la oigo con devoción,
solo por pensar en ti prenda de mi corazón.
El cuarto honrar a mis padres, la deshonra les perdí,
en no honrar a padre y madre solo por quererte a ti.
El quinto que es no matar, ese sí no he quebrantado,
pero mataría al demonio o al que encontrare a tu lado.
Yo del sexto no me acuso, ni me debo de acusar,
porque yo nunca he pecado ni entiendo lo que es pecar.
El séptimo es no quitar las cosas que son ajenas,
pero yo las he quitado para alivio de mis penas.
El octavo no levantar ningún falso testimonio,
pero yo acuso el demonio si me viene a perturbar.
El noveno es no desear la mujer de otro marido
pero por más que la quiera siempre le echaré al no olvido.
El décimo es no desear las cosas que son ajenas,
pero yo las he deseado para alivio de mis penas.
Aquí estos diez mandamientos todos se encierran en dos:
en servirte y en amarte y en vivir juntos los dos.

Fragmento de poema recitado por don Maximiliano Mora, de origen desconocido.

Agradecimientos

Manuel: Quiero expresar mi agradecimiento, en primer lugar, a Dios, por ser luz y guía en cada paso, por darme la claridad necesaria para llegar hasta aquí y sostenerme en cada etapa de este proceso, a mi familia, que con su cariño, paciencia y confianza se convirtieron en un pilar fundamental en mi Camino universitario, a mis compañeros de proyecto, Camilo y Camila, con quienes compartí aprendizajes, desafíos y alegrías. Su compañía convirtió este proyecto en una experiencia más interesante, más humana y bastante significativa, a la familia Mora Castillo por abrirnos la puerta de su casa y permitirnos conocer un poco más sobre su historia, sobre sus saberes y sentires. Y de manera especial, al profesor Carlos Ortiz, por su orientación constante, por sus valiosos consejos y la claridad de su guía. A cada uno, gracias por caminar conmigo y por ser parte de este logro que hoy celebro con alegría.

Camila: Al sentarme a recordar mi trayectoria artística, inevitablemente regreso a esa pequeña niña de cinco años que caminaba de la mano de su héroe, de su mundo, de su todo: su abuelito. Él siempre la impulsaba a bailar, a reír, a crear, a hacer. Le ayudaba a escribir, le enseñaba canciones y la acompañaba a sus presentaciones.

Después, cuando esa inmensa compañía partió al cielo, siendo ella apenas una niña de siete años, su abuelita y su tía Yolanda tomaron su lugar. Fueron ellas quienes continuaron impulsando sus dones artísticos y se convirtieron en el pilar que sostuvo aquellas primeras señales de creatividad. De no ser por su apoyo incondicional, jamás habría conocido la emoción de pisar un escenario.

A mi mamá, por su fuerza incansable en este mundo, por estar siempre a mi lado, por guiarme, sostenerme y serlo todo para mí. A Héctor, Ángela y Natalia, porque ustedes representan verdaderamente el significado de la palabra "familia". A Camilo y Manuel, por confiar en mí y en mis propuestas, por su paciencia y por sostenerme cuando yo no podía hacerlo por mí misma. Este proyecto no sería el mismo sin los tres juntos. Me llena de orgullo trabajar con ustedes y dar vida a un proyecto que nace de ideales y raíces que compartimos. A Sancocho, por acompañarme tantas noches de desvelo, por calmar mis nervios con tan solo una mirada, por dormir a mi lado y regalarme su compañía inmensa.

e incondicional. Te amo hasta el cielo. A Mocca y a Milo, por llenar mis días de alegría, por llenar el vacío tan grande que Sancochito dejó, y recordarme que aún en los días grises, siempre habrá un rayo de luz. Al abuelito Maximiliano, por haber dejado un legado tan grande en su familia y en todo Pueblo Viejo. A Diego Lozano, Carlos Ortiz y Romanoff Calderón, por confiar en estos tres pelados y en sus ideas, por guiarnos, acompañarnos y ofrecernos mucho más que una clase teórica y distanciada. Pero, sobre todo, gracias por creer.

Camilo: es el momento para levantar la mirada, sin dejar de valorar a quienes, en la cercanía o en la distancia, me han brindado su apoyo, para agradecer especialmente a aquellos que ya no se encuentran en este plano con nosotros. ¡Cómo quisiera que la lista no fuera tan larga! Junto a mi abuelito “Marzo” (Maximiliano), debo dar gracias a las abuelitas “Camen” (Carmen) y “Disel” (Isabel), por haber aportado significativamente a mi formación como persona en esta bella carrera de la vida, nunca me ha de alcanzar la misma, ni todas las páginas de este proyecto, para agradecerles por cada acto de amor que tuvieron para conmigo y por ayudarme a forjar la persona quien soy hoy día.

A la tía Graciela, quien hasta en los peores momentos supo sacarme una sonrisa y a quien la vida no nos la prestó para tanto, como si tuviera que partir para sacar sonrisas en el cielo. Al tío Julio, por su peculiar forma de educarme, pero, sobre todo, por esa inigualable manera de contar tantas diferentes historias que llegaban al alma. A todos quienes me acompañan desde allá arriba y cuyo cruce de caminos en alguno o en varios momentos de mi vida aportaron, educaron, o simplemente compartieron escenas memorables y valiosas, gracias infinitas hasta allá bien, bien arriba.

Volviendo a este plano astral, doy gracias a mi mami, Rosa Lilia Díaz Rojas, por su incondicionalidad, su amor profundo, su incansable lucha por vernos tanto a mi hermana como a mí, profesionales, por todo su sacrificio. A mi papá, José Teodomiro Mora Castillo, por su forma de ver la vida, por sus chistes, por su templanza. A mi hermanita, por ser el bastión, la columna vertebral, el hombro en el que toda la vida me he podido

apoyar, mi confidente, mi sangre, mi amiga más fiel y sincera, y a sus dos retoños, Valery y Antonella, por regalarme las alegrías que no pensé vivir algún día.

A mis compañeros de Proyecto, Camila y Manuel, porque sin ellos jamás hubiera logrado desenmarañar este entramado de ires y devenires que nos planteó el hecho de sacar adelante un proyecto como este, además, de acompañarnos en esta etapa de la vida universitaria y construir aquello a lo que muchos les cuesta llegar: una verdadera amistad, espero, como la de mi abuelo y don Tomás.

A mis tíos, porque de cada uno de ellos he heredado el gusto y la pasión por hacer las cosas, cuales quiera, pero bien hechas y con dedicación. A mis padrinos de bautizo: Alberto Mora y Virginia Castillo, quienes fungen a cabalidad, hasta el día de hoy, con su papel de segundos padres.

A los profes de la LAE, no todos, pero a quienes sienten realmente el gusto y el amor por ser profes y supieron dejar huella en mí proceso formativo: Romanoff Calderón, Carlos Ortiz, Ángela Valderrama, Diago Lozano, Arlenson Roncancio y la inigualable profe Lorena López de la asignatura de inglés.

Por último, y no menos importante, gracias a sumercé, querido lector, por tomarse el tiempo y la dedicación de leer todo este berriondo proyecto que nos nació del corazón.

TABLA DE CONTENIDO

Resumen.....	8
Abstract	9
Introducción.....	10
CAPÍTULO I LOS TRES MOSQUETEROS	13
<i>Camilo, entre artesanos del maíz y La palabra.....</i>	<i>15</i>
<i>Manuel: un coplero por herencia.</i>	<i>20</i>
<i>Camila: tejiendo historias conjuntas desde la memoria, el arte y la tradición.....</i>	<i>23</i>
CAPÍTULO II INSPIRACIÓN	29
<i>Pueblo Viejo, Ubaque.....</i>	<i>30</i>
<i>Don Maximiliano.....</i>	<i>33</i>
<i>El Cuaderno Entre Coplas & Poemas</i>	<i>35</i>
CAPÍTULO III ¿QUÉ PASÓ EN PUEBLO VIEJO?	41
LA DRAMATURGIA.....	42
<i>Cuadro de costumbres.....</i>	<i>43</i>
<i>Una dramaturgia desde la memoria</i>	<i>43</i>
¿QUÉ PASÓ EN PUEBLO VIEJO?	47
1. SINOPSIS	47
2. PERSONAJES:	49
3. ILUMINACIÓN GENERAL DE LA OBRA:.....	50
4. SONIDO Y PAISAJE SONORO:	50
5. UTILERÍA:	51
6. EJERCICIO DRAMATÚRGICO	52
<i>El camino hacia la dramaturgia</i>	<i>64</i>
BIBLIOGRAFÍA.....	68
ANEXOS.....	69

Lista de tablas

<i>Ilustración 1 Iglesia de Nuestra Señora de Belén de Ubaque</i>	30
<i>Ilustración 2 Casa de los Abuelos Maximiliano Mora y María del Carmen Castillo</i>	32
<i>Ilustración 3 Don Maximiliano en la Vereda Pueblo Viejo, Sab. 11 Sep. de 2020, 11:09 a.m.</i>	33
<i>Ilustración 4 Cédula de Ciudadanía de don Maximiliano Mora Gaona</i>	34
<i>Ilustración 5 Cuaderno Cardenal de Composiciones Perteneciente a don Maximiliano Mora</i>	35
<i>Ilustración 6 Disposición de versos ABCB.</i>	38
<i>Ilustración 7 Esquema de rima abcb.</i>	39
<i>Ilustración 8 Esquema de rima abba.</i>	39
<i>Ilustración 9 Tabla descriptiva de Personajes</i>	49
<i>Ilustración 10 Fragmentos de las bitácoras personales que acompañaron cada salida y encuentro en la vereda Pueblo Viejo. En ellos se registran observaciones, memorias y reflexiones.</i>	69
<i>Ilustración 11 Devolución al territorio en agradecimiento por aportar a este proyecto todos los insumos que permitieron su realización.</i>	69
<i>Ilustración 12 Ejercicio influenciado por el autor Samuel Beckett para la asignatura de poéticas.</i>	69

Resumen

Este trabajo de grado tiene como propósito resguardar y preservar el patrimonio literario de don Maximiliano Mora Gaona, portador de la tradición oral campesina de la vereda Pueblo Viejo, en Ubaque, Cundinamarca. A partir de un proceso etnográfico y creativo, se documenta y resignifica su legado de coplas, con el fin de proyectarlo hacia nuevas generaciones y fortalecer la memoria colectiva de su comunidad. El resultado de esta investigación es la creación de una dramaturgia que recoge y transforma estos relatos orales en un texto escénico, proponiendo un diálogo entre la tradición y la creación contemporánea.

Este proyecto aporta a la Licenciatura en Artes Escénicas un modelo metodológico que integra la investigación etnográfica con la escritura dramática, para contribuir a la reflexión sobre el rol del artista-educador en la preservación del patrimonio cultural inmaterial. La experiencia desarrollada demuestra cómo las artes escénicas pueden ser un medio para salvaguardar y dinamizar las tradiciones orales, mientras se promueve la creación artística situada en contextos rurales. De este modo, la dramaturgia construida se convierte en un acto de transmisión y compromiso con la cultura campesina, que honra la figura de don Maximiliano como referente de la identidad cultural de su territorio.

Palabras clave: Memoria, patrimonio literario, oraliteratura, comparsa, cuadro de costumbres, coplas.

Abstract

The purpose of this graduate work is to safeguard and preserve the literary heritage of Mr. Maximiliano Mora Gaona, bearer of the peasant oral tradition of the village of Pueblo Viejo, in Ubaque, Cundinamarca. From an ethnographic and creative process, his legacy of songs is documented and re-signified, in order to project it to new generations and strengthen the collective memory of his community. The result of this research is the creation of a dramaturgy that collects and transforms these oral stories into a scenic text, proposing a dialogue between tradition and contemporary creation.

This project contributes to the Bachelor's Degree in Performing Arts by proposing a methodology that integrates ethnographic research with dramatic writing, thus contributing to the reflection on the role of the artist-educator in the preservation of intangible cultural heritage. The experience developed demonstrates how the performing arts can be a means to safeguard and energize oral traditions, while promoting artistic creation situated in rural contexts. In this way, the constructed dramaturgy becomes an act of transmission and commitment to rural culture, honoring the figure of don Maximiliano as a reference of the cultural identity of his territory.

Key words: Memory, literary heritage, oral literature, folkloric painting, couplets.

Introducción

Este proyecto surge de la confluencia de sueños, inquietudes y pasiones de tres estudiantes de la Licenciatura en Artes Escénicas (en adelante LAE) de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN): Camilo Andrés Mora Díaz, Camila Andrea Cristancho Mariño y Manuel David Chaves Pinzón. Durante su periodo en las aulas de la sede Parque Nacional, inspiraron parte de las emociones que se manifestarán en este documento.

Cada uno propuso un camino personal de investigación, impulsado por el deseo de comprender y preservar las raíces culturales que conforman la identidad de sus comunidades. Camilo inició con una propuesta para rescatar las tradiciones gastronómicas del oriente de Cundinamarca; Camila, con una propuesta de conservación de tradiciones folclóricas de La Mesa, y Manuel, con una propuesta de preservación de la tradición oral del norte de Cundinamarca. Fue en este espacio de conversaciones e intercambio sincero donde sus rutas se entrelazaron, descubriendo que, a pesar de las diferencias temáticas, compartían una profunda pasión por la tradición y por la expresión artística como vehículo de memoria.

Con el tiempo, el encuentro de sus ideas y la afinidad que emergió entre sus proyectos los impulsó a unir fuerzas para emprender un camino común: la creación dramática de una obra teatral inspirada en las coplas y poemas del señor Maximiliano Mora Gaona (1932–2022) habitante de la vereda Pueblo Viejo, en el municipio de Ubaque, y abuelo del compañero Camilo Andrés Mora Díaz. La fusión de sus intereses investigativos y la sensibilidad artística de cada uno permitieron emprender un proceso de investigación–creación que transforma la poesía popular en relato escénico, transformar estas expresiones orales en un relato escénico, buscando preservar, educar y emocionar la esencia de una tradición.

El trabajo se arraiga en el municipio de Ubaque, Cundinamarca, específicamente en la vereda Pueblo Viejo, un lugar que palpita con historia y donde el tiempo parece detenerse

para escuchar las voces del pasado. En este contexto, la familia Mora ha sido custodio de un valioso *patrimonio literario* y cultural que refleja la vida comunitaria, los oficios y las celebraciones. Es así como, a través de la *memoria* y el *testimonio* de don Maximiliano Mora Gaona, rescatan las coplas que narran, de forma emotiva y detallada, los sucesos y transformaciones ocurridos en Pueblo Viejo. En los cuadernos de don Maximiliano se conservan coplas escritas para el Sena, al ICA, a personas de la vereda, como Doña Paca, a la clausura de grado quinto, coplas para la semana cultural de Ubaque, para el día del campesino y aquellos eventos que hacen parte importante del municipio y la vereda. Cada verso relata hechos e invita a revivir tradiciones y saberes que han marcado la identidad familiar dentro del lugar, y así mismo, narrar desde la sencillez la emoción de la cotidianidad.

Este proyecto parte de una problemática cultural: la pérdida progresiva de las tradiciones orales campesinas y la falta de reconocimiento de su valor artístico dentro de los lenguajes contemporáneos. Frente a esta situación, la investigación–creación se propone resguardar, preservar el patrimonio literario de don Maximiliano Mora Gaona como legado familiar, social y cultural del departamento de Cundinamarca, transformándolo en una experiencia escénica que dialogue con la sensibilidad del pasado y del presente. Es así como, desde el campo de las artes escénicas, se plantea explorar la oralidad campesina como fuente dramaturgica y proponer una mirada sobre el teatro como espacio de memoria. En este sentido, el proyecto contribuye al fortalecimiento del patrimonio literario, al tiempo que amplía las posibilidades de la creación teatral a través del uso de materiales etnográficos y testimoniales.

Este documento se encuentra dividido por capítulos. En el primer capítulo, se presenta la motivación del proyecto. Donde se describe el punto de partida de los tres investigadores-creadores, sus intereses personales y la forma en que convergen en torno a la preservación de las tradiciones culturales de Cundinamarca. En el segundo capítulo, se aborda el contexto geográfico, histórico y social del municipio de Ubaque y de la vereda Pueblo Viejo, resaltando la figura de don Maximiliano Mora Gaona como portador de un valioso legado en el ámbito de la oraliteratura. En el tercer capítulo se presenta el resultado del proceso creativo titulado *¿Qué pasó en Pueblo Viejo?*, y la ruta metodológica que trazamos para dar vida al acto investigativo–creativo que sustenta esta obra. Finalmente, en el cuarto capítulo se desarrolla una reflexión profunda en torno a los hallazgos obtenidos durante el proceso, resaltando la importancia de investigar y dialogar sobre los legados culturales que aún permanecen poco visibilizados, y de este modo, generar un aporte significativo al ámbito educativo y artístico.

CAPÍTULO I

LOS TRES MOSQUETEROS

¿Cómo resguardar el patrimonio literario de las coplas de don Maximiliano Mora Gaona?

Tardamos cuando menos, un semestre entero en llegar concretamente a esta pregunta, pues, siempre surgieron diferentes ideas, aunque todas enfocadas hacia el mismo propósito: que las tradiciones rurales como la gastronomía (en este caso los amasijos) y la oralidad (dichos y coplas), se entrelazaran en un montaje, ya que al inicio planteamos la creación de un montaje, el cual, posteriormente, fue adaptándose a nuestras necesidades para terminar definiéndose como: dramaturgia.

Hubo que tomar demasiadas decisiones por el camino, llegamos incluso a elegir la modalidad de grado de sistematización de experiencias, pero nunca estuvimos del todo convencidos, luego, al estar sosteniendo conversaciones con uno de los maestros de la “LAE”, se nos planteó la idea de que más bien nuestro proyecto estaba encaminado hacia la investigación creación, de manera que, ese fue el rumbo que decidimos trazarnos a partir de ese día.

Los tres teníamos intereses en común, todo respecto al campo y la ruralidad, pero no nos había llegado la iluminación divina, así que, luego de haber decidido que iba a ser Ubaque el lugar para realizar las salidas a territorio, por su cercanía y porque la familia de Camilo vive en la ruralidad; pudimos comprender tres importantes momentos que nos llevaron a plantear nuestra pregunta de investigación.

1. Cuando decidimos conformar un grupo para sacar adelante un proyecto de grado, teníamos muy claro los tres que debíamos plasmar en el mismo, las diferentes costumbres y actividades propias del campo cundiboyacense.
2. Cuando en una de nuestras salidas al territorio (vereda Pueblo Viejo, Ubaque) Camilo nos enseñó el cuaderno manuscrito de su abuelo, don Maximiliano Mora Gaona, porque ahí comprendimos que, nuestro aún llamado “montaje” debía contribuir al resguardo, preservación y divulgación de aquel patrimonio cultural familiar.
3. Cuando escuchamos a Camilo contar una historia enmarcada entre tintes políticos y festividad, la historia de la amistad entre su abuelo y don Tomás Rojas, vecino y amigo de la vereda Pueblo Viejo. En este punto específico tomamos la decisión de que debíamos escribir una obra, y dejamos de llamarle “montaje” para denominarla: dramaturgia.

¿Una dramaturgia respondería a nuestra pregunta de investigación?... empezamos.

Camilo, entre artesanos del maíz y la palabra.

Soy Camilo Andrés Mora Díaz, un hijo de Cundinamarca y el Meta, viví los primeros años de mi vida (1994 – 2000) en el municipio de Ubaque, Cundinamarca, más exactamente entre las veredas Pueblo Viejo, Guayacundo y Pueblo Nuevo; esta última donde cursé mi primer año escolar. Estos primeros años estuvieron marcados por la idiosincrasia del altiplano Cundiboyacense, donde estuve rodeado por las costumbres y tradiciones como los amasijos, los bazares, las ferias y fiestas, las reuniones familiares y demás expresiones campesinas típicas de las veredas antes mencionadas.

Algún tiempo después, sobre el año 2001, mi familia se mudó para la ciudad de Villavicencio, en el Departamento del Meta. Sin embargo, nunca dejamos de visitar Pueblo Viejo en cada oportunidad que se nos presentaba, como vacaciones, festividades o celebraciones familiares. En Villavicencio cursé todo el resto de la primaria y me gradué como Bachiller Académico de la modalidad de Humanidades del colegio INEM, institución en la que tuve mi primer acercamiento con las artes y el teatro. Una vez finalizado el bachillerato entré en el conflicto habitual por el que pasamos la mayoría de recién graduados de no saber qué estudiar, ni dónde, ni cómo, así que, siguiendo erróneamente el consejo de mi papá, inicié, por allá en el año 2012, estudios en la carrera de Derecho de la Universidad del Meta (UNIMETA), lugar en el que conocí por cosas de la vida a dos narradores orales: Heiner Romero y Juan Francisco Sánchez, ellos realizaron una función para dar la bienvenida a los nuevos estudiantes, así que asistí y pude conocer otra forma de expresión de las artes escénicas, pero fue, una vez terminado el show, que uno de los dos narradores (Heiner) se acercó a mí y me saludó

como si me conociera de toda la vida, extendiéndome la invitación para formar parte de su colectivo de Cuentería “El Butaco Cuentería”, invitación que por supuesto acepté.

Como el derecho no funcionó, luego de tres semestres, también me aparté un poco de la narración oral para dedicarme a un trabajo formal y, posterior a ello, sobre el año 2015, ingresé al SENA para cursar un Tecnólogo en Contabilidad y Finanzas y, paralelo a esto, el SENA me ofreció la oportunidad de hacer parte del grupo de teatro. Gracias a ello logré viajar por varios lugares del país representando a la Regional Meta, así mismo, recibí mis primeros reconocimientos por destacarme como actor. En este punto de la historia, me volví a acercar al grupo de narradores del “Butaco”.

Por casualidad, en una conversación que sostuve con uno de los integrantes del grupo, un gran artista, narrador oral y egresado de la Licenciatura en Filosofía de la Universidad Pedagógica Nacional: Carlo Alexander Carrillo, me habló de que en esta universidad existía un pregrado llamado Licenciatura en Artes Escénicas. Yo ya había venido pensando respecto a mi futuro, pero fue hasta ese preciso momento en el que tomé la decisión de que iba a dedicar mi vida a las artes escénicas.

El interés por preservar documentos y, sobre todo, recuerdos ligados a mi región y a mi familia surgió de manera muy cotidiana, en medio de una conversación, mientras compartíamos un caldo de papa entera con costilla en la casa de mis abuelos. Ese día hablamos de cómo mi abuelo, en su juventud, organizaba comparsas para animar las fiestas del pueblo (la fiesta del campesino, la Virgen de Belén) disfrazado junto a sus amigos de la vereda. En ese momento sentí una necesidad muy profunda de empezar a visibilizar ese tipo de vivencias, de no dejarlas morir, de darles el lugar que merecen en la memoria familiar y colectiva.

Mi abuelo siempre ha sido un hombre de dichos, refranes y coplas. La mayoría de las veces cuando hablaba, lo hacía rimando, soltando frases que uno pensaría que venían de algún libro antiguo, pero que en realidad eran de su propia cosecha. Conservo algunos de esos versos en papel, otros los tengo grabados en video, pero fue una conversación con una prima —lejana en términos familiares, pero muy cercana afectivamente— la que marcó un antes y un después en mi forma de ver estas expresiones.

Yo ya sabía de la existencia de unos cuadernos donde mi abuelo había escrito muchas de sus coplas. Sin embargo, cuando preguntaba por ellos a mis tíos o incluso al mismo abuelo, me decían que esos cuadernos los había prestado a un señor del pueblo y que nunca los devolvió. Nunca supe su nombre, solo que los cuadernos se habían perdido.

Pasaron los años hasta que, un día, esa prima me escribió y me dijo: “Tengo unos cuadernos del tío Marzo. ¿Cuándo nos vemos? Quiero dárselos, primo, porque siento que no hay nadie más indicado para tenerlos que usted”. Coordinamos el encuentro y, en mayo de 2023, nos vimos en el Creps & Waffles del centro comercial Avenida Chile. Allí, me entregó los cuadernos. Yo, en ese momento, venía trabajando en el proyecto del horno de leña portátil dentro del curso de gestión, pero apenas abrí los cuadernos y vi la letra de mi abuelo, supe que algo en mí había cambiado.

Esos escritos narraban vivencias de la vereda entre los años 1973 y 1987 aproximadamente. Aunque estaban llenos de errores ortográficos, cada palabra tenía vida, cada verso guardaba una historia, una crítica, un retrato de lo que se vivía en aquel entonces. Ese momento fue clave: ver esos textos, escritos de su puño y letra, me

conmovió profundamente y me reafirmó en el deseo de trabajar en mi proyecto de grado sobre los temas de la vereda y, especialmente, sobre mi familia.

Aún no me había vinculado con mis dos compañeros de proyecto, pero ya el insumo estaba ahí, latiendo. Los cuadernos no solo se convirtieron en una fuente valiosa para el proyecto: se volvieron una especie de brújula afectiva y simbólica que me recordó de dónde vengo, qué historias me habitan y por qué vale la pena contarlas.

La relación entre mis abuelos siempre me pareció profundamente amorosa, aunque no era de esas que se expresan con besos o abrazos constantes. No hacían falta. El calor del hogar, ese ambiente de cuidado y ternura que se sentía en su casa, era suficiente para entender cuánto se querían. Fueron casi setenta años de matrimonio, y ese tiempo habla por sí solo. Tenían formas muy propias de expresar el amor, y una de las más evidentes era la cocina. La comida era el centro de todo. Aún hoy, para mis tíos, para mí y para toda la familia, cocinarle a alguien es una manera de decirle “te quiero”.

Siempre he pensado, y lo sostengo hasta el día de hoy, que esa casa era un matriarcado. Mi abuela era quien llevaba las riendas del hogar. Era ella quien tomaba las decisiones importantes. Claro, a veces le preguntaba su opinión a mi abuelo, pero al final era ella quien decidía. Tenía un carácter fuerte, muy marcado, mientras que mi abuelo era más tranquilo, noble, pausado... relajado en muchas cosas.

Durante todo el tiempo que conviví con ellos, solo recuerdo una vez en la que hubo algún tipo de castigo físico, y fue con unas maticas de ortiga. Fuera de eso, nunca nos tocaron un pelo, ni a mi hermana ni a mí. Fueron abuelos profundamente amorosos, cariñosos en su forma, con gestos sencillos, pero llenos de intención. Mi abuelo, por

ejemplo, nos construía columpios en los árboles de cedro que rodeaban la casa, y podía pasar horas empujándonos, acompañándonos, jugando con nosotros.

Mi abuela, por su parte, dominaba como nadie el arte de los amasijos. Sabía preparar pan de yuca, pan de maíz, almojábanas, mantecadas, tortas, galletas, colaciones, envueltos, natilla, buñuelos... mejor dicho, era toda una maestra. También sabía hacer tamales, rellenas, cerdo y de pescuezo de gallina, longaniza... ¿qué no sabía hacer mi abuela? Las sopas, los guisos, todo lo que tocaba lo convertía en alimento para el cuerpo y el alma.

Mi abuelo, en cambio, se encargaba más del trabajo rústico: rajar leña, prender el horno, picar la calabaza para los tamales. Hacía los quehaceres más pesados, los que preparaban el terreno para que mi abuela pudiera dedicarse a lo suyo. No es que lo de ella fuera menos demandante —para nada—, pero él le facilitaba mucho el camino, y eso también era una forma de amor.

Entre ellos dos, vi muy pocas discusiones. Muy pocas molestias. Jamás les escuché una grosería. Lo más fuerte que llegué a oírlos decir fue “¡hijuepadre!”, y eso ya era mucho. Su convivencia era serena, respetuosa, tejida en los pequeños gestos del día a día, en la colaboración silenciosa y constante, en los roles asumidos no como cargas, sino como formas de cuidar.

En el 2022, tuve la oportunidad de trabajar como instructor de teatro en la *Casa de la Cultura de Cumaribo*, en el Vichada, y fue un año que realmente me dejó huella. No solo enseñaba teatro a los chicos, sino que también tuve la fortuna de conectar con las culturas indígenas de la región. Cada encuentro era especial; me contaban sus historias y tradiciones, y yo aprendía un montón. A medida que compartía con ellos,

empecé a apreciar más la cultura llanera, a ver las cosas desde otra perspectiva. Esa experiencia no solo me enriqueció como profesor, sino que también me ayudó a valorar la diversidad que hay en nuestra comunidad. Fue un viaje que, sin duda, me marcó y me hizo crecer.

Hoy, de nuevo en la universidad, aprovecho mis vacaciones para ir a Villavicencio o a Ubaque, manteniendo así una conexión constante con las tradiciones de mi tierra. Preparo amasijos y otras comidas típicas, interpreto el cuatro venezolano y disfruto de compartir mis raíces con los demás. Para mí, es fundamental mostrar a quienes no conocen de dónde vengo y lo que llevo dentro, así que siempre trato de llevar un pedacito de mi cultura a la gente que me rodea.

Manuel: un coplero por herencia.

Soy Manuel David Chaves Pinzón. Nací en Chocontá, Cundinamarca, pero fui criado en Tabio, Cundinamarca; un pueblo lleno de tradiciones, donde la música, la danza y el teatro son parte de la vida cotidiana de los Tabiunos. Aquí año tras año desde 1992 se celebra el Encuentro Nacional Del Torbellino y las Danzas tradicionales, y es un lugar donde también se vivencian formas de expresión oral como la copla, la música y, por supuesto, la danza. Crecí permeado de todas estas expresiones culturales, rodeado de cultura y tradición, caminando por calles empedradas y casas de antaño, escuchando historias y cuentos de mi papá y mi mamá, campesinos de Chocontá, Cundinamarca, quienes por los asares de la vida terminaron radicándose en Tabio por poco más de 12 años.

A los siete años me uní al grupo de teatro del municipio de Tabio no sin antes haber pasado por los grupos de requinto y guitarra, aunque el tiempo en estos grupos fue corto aprendí y valoro mucho lo aprendido, en cuanto al grupo de teatro, aún estoy con ellos y, con este grupo descubrí el gusto por los versos, las rimas improvisadas, las coplas y dichos ya que muchos de los ejercicios dentro del grupo se centran en estos temas, casualmente mi padre y mi abuelo fueron también personas muy cercanas a todo lo que tiene que ver con la copla la música y las labores del campo, las coplas y dichos fueron muy utilizadas por mi familia.

Mi papá, Jaime Chaves Castro es artesano; hace ruanas y cobijas en lana de oveja, oficio que aprendió en Chocontá, él conoce de esquilar ovejas y al igual que mi mamá María Rosalba Pinzón Castro conoce de hilar y torcer la lana y por supuesto conoce del tejido en telar, Cuando yo lo ayudaba en su trabajo, él me contaba historias, muchas de ellas sobre su vida en el campo, sobre la gente que tocaba instrumentos, sobre las fiestas del pueblo y reuniones familiares. Entre esas charlas y mientras me enseñaba el oficio del tejedor, también me hablaba de mi abuelo, un viejo coplero e instrumentista. Mi abuelo don Manuel Chaves, junto a familiares y amigos iba improvisando coplas y cantas con su tiple, guitarra, requinto o bandola hasta llegar a las fiestas de Chocontá o pueblos vecinos; No importaba que la historia se repitiera, yo la escuchaba con atención poniendo especial cuidado a los dichos que entre historia e historia iban apareciendo, dichos como “vamos arando dijo la mosca parada en el cacho del buey” “pa’ tras ni pa coger impulso” “no es lo mismo atrás que en las espaldas” fueron marcando mi manera de hablar y me hicieron querer saber cómo nacían y quien las iba pregonando.

Buscando referentes, descubrí a Jorge Luis Velosa Ruiz, un músico carranguero, campesino y a quien en alguna ocasión tuve la fortuna de ver en vivo en concierto, me llamó la atención que entre canción y canción solía declamar algunas coplas como parte de su espectáculo

*“La vida pa ser la vida,
Dos cosas debe tener:
Risa toa la que le quepa,
Y canto a mas no poder”*

Además, como cierre de su espectáculo improvisaba una copla relacionada con el lugar donde se encontraba. Esa manera de hacer coplas me pareció hermosa, y fue así como inspirado por el maestro Jorge Velosa empecé a escribir mis propias coplas, con la idea de preservar todo lo que mi abuelo le enseñó a mi papá, y él por herencia me transmitió a mí.

*“Ahora que toy a puertas
De graduarme yo agradezco
A mi taita y a mi ágüelo
Quienes me enseñaron esto”*

Cuando llegó el momento de pensar en mi proyecto de grado, decidí hacer algo que ayudara a traer de vuelta la copla y el dicho popular al menos al entorno donde yo me encontraba.

Mi idea inicial era hacer radioteatro. Pensaba ir a las veredas de Chocontá y Tabio, grabar esos relatos y luego transmitirlos en emisoras como la de Tabio o Cajicá, el pueblo donde vivo ahora. En medio de este proceso, nos reunimos con Camilo y Camila, compañeros con los que hablamos sobre sus proyectos y resultó que los tres teníamos

intereses similares en recuperar esas historias y expresiones del pueblo. Nos dimos cuenta de que teníamos mucho en común en nuestras ideas y decidimos unir fuerzas y conocimiento para darle vida a todo este proyecto juntos.

Camila: tejiendo historias conjuntas desde la memoria, el arte y la tradición.

Mi nombre es Camila Andrea Cristancho Mariño. Nací en Bogotá, pero mi verdadera historia comenzó en La Mesa, Cundinamarca, donde crecí desde mi primer año de vida, rodeada del amor de mis abuelos y la riqueza cultural de este hermoso municipio. A medida que pasaban los años y yo iba creciendo, comencé a descubrir con creciente curiosidad que este municipio es un lugar lleno de historia y tradiciones que, a lo largo de los años, han sido el alma de este rincón de esta pequeña parte de Cundinamarca.

Desde pequeña, las ferias y fiestas del pueblo eran mi momento favorito. Me encantaba ver las faldas coloridas girar al ritmo de las danzas folclóricas, escuchar la música vibrante y sentir la magia de las narraciones teatrales. Todo ese ambiente despertaba en mí una curiosidad natural y una conexión profunda con la cultura.

Recuerdo cómo esas experiencias me hicieron entender, incluso desde niña, que nuestras tradiciones no son solo parte del pasado, sino un puente hacia el futuro. Por ejemplo, recuerdo que las celebraciones religiosas tienen una gran importancia en La Mesa, y la Semana Santa es otro de los momentos más destacados del año. Durante esta época, el pueblo se llena de solemnidad, y las procesiones recorren las calles mientras las personas, con profundo respeto y fe, reviven las tradiciones católicas que han perdurado a lo largo de los años, así como, la tradición de las ferias y

fiestas que celebran la agricultura y la producción local, durante estas ferias, los campesinos exponen sus productos más destacados, como el café y la fruta fresca, mientras que los niños y adultos disfrutaban de actividades como el desfile de carrozas, competencias deportivas y concursos de poesía. Cabe aclarar que la alcaldía de la Mesa no siempre ha generado aportes a la formación artística, sino que las escuelas y compañías tienen una fuerza increíble de autogestión para ofrecer procesos de danza, teatro y música. Y cómo las artes se mezclan con el folclor ¹demosófico en el territorio, generando recuerdos como, por ejemplo, las sensaciones de: ¿Cómo olvidar el deleite de un delicioso postre de LA OCTAVA, la mantecada tradicional de la ROA VELEZ o el arequipe casero en el parque principal, mientras nos sumergíamos por completo en el ambiente del festival de teatro y danza folclórica? Aquellos momentos eran una verdadera celebración, donde agrupaciones de numerosos municipios aledaños llegaban con entusiasmo para compartir sus espectáculos, llenando de magia y emoción cada rincón del evento. La combinación perfecta entre el sabor dulce del postre y las increíbles representaciones en el escenario creaba una experiencia única e inolvidable. Fue así como mis abuelos por su parte notaron mi entusiasmo por el arte y la cultura, y me apoyaron para que participara en los espacios artísticos del pueblo.

Desde los seis años, el arte comenzó a abrirme caminos. Recuerdo con claridad esos primeros talleres, donde el teatro y la danza folclórica no eran solo actividades de la tarde, sino espacios vivos donde podía jugar, sentir y descubrir. Al principio, todo era un juego: ponerse un disfraz, inventar historias, repetir los pasos de una coreografía sin

¹ Demosófico: se refiere a las expresiones culturales tradicionales de un pueblo, como las historias, canciones, bailes y creencias transmitidas de generación en generación.

pensar demasiado en su significado. Pero con el tiempo, empecé a darme cuenta de algo más profundo y es que el teatro me enseñó a escuchar, a habitar otras voces, a darle forma a emociones que, a veces, ni siquiera sabía que tenía. La danza, en cambio, me conectó con mi propio cuerpo y con algo aún más grande: la historia que cada movimiento guarda. Bailar las diferentes musicalidades no era solo seguir un ritmo, era sentir el peso de una tradición, era compartir un lenguaje que otros ya habían danzado antes que yo.

Más allá de la técnica, estos espacios me hicieron entender que el arte une, que es un puente entre generaciones, un refugio donde todos cabemos. Me di cuenta de que el arte no solo cuenta historias: también las preserva, las transforma y las devuelve a la gente. Y, sin darme cuenta, fue ahí donde encontré mi voz.

Durante mi adolescencia, tuve la oportunidad de formar parte de dos de las cinco escuelas de formación que enriquecían el repertorio cultural de La Mesa: la Escuela de Formación “Espacio en Blanco Teatro” dirigida por el maestro Oscar Salgado y la Compañía Artística y Folclórica “Coyanza” dirigida por el maestro Carlos Salcedo.

En estos espacios, cada ocho días nos presentábamos, convirtiendo cada función en un encuentro con la comunidad. Además, gracias a la gestión de nuestros maestros, logramos participar en diversos eventos artísticos organizados por la gobernación y en festivales de distintos municipios.

Uno de los momentos más significativos para mí era asistir, año tras año, al Festival Departamental de Teatro en Tenjo, Cundinamarca. Allí teníamos la oportunidad de presentar el montaje que habíamos trabajado a lo largo del año, siempre manejando el formato de obra de calle. Cada presentación era un desafío y, al

mismo tiempo, una celebración, pues llevábamos el teatro a los espacios abiertos, donde el público se convertía en parte de la escena, reaccionando, sorprendiéndose y conectándose con nuestra historia de una manera única, convirtiéndose en un espacio clave para nuestro crecimiento y proyección artística.

Así mismo, participábamos dentro de este mismo festival de teatro en la sección de Comparsa, donde realizábamos interesantes interpretaciones de historias escritas por nosotros mismos, ya que nosotros éramos quienes creábamos las dramaturgias de las obras que presentábamos, explorando nuestras propias ideas, recuerdos y realidades para construir las escenas.

Este proceso de escritura colectiva y creativa fue, para mí, una experiencia de relevación, donde descubrí que me gustaba escribir, que había algo profundamente liberador y mágico en dar forma a las palabras, en construir mundos desde el lenguaje y compartirlos con otros. Era así como dábamos vida a las historias acompañados de músicos tradicionales en vivo (tambores, llamadores, clarinetes, maracas, redoblantes, gaitas, entre otros) usábamos zancos, maquillajes de fantasía y trajes confeccionados por la mamá de nuestro director. Ser parte de estos encuentros fue una experiencia profundamente enriquecedora para la vida misma.

Más allá, estas experiencias despertaron en mí preguntas importantes: ¿cómo se crean estos espacios? ¿Cómo se conectan comunidades a través del arte? ¿Qué podemos hacer para preservar nuestras tradiciones y compartirlas con otros? Con el tiempo, fui encontrando respuestas en la propia experiencia. Me di cuenta de que estos espacios surgen gracias al esfuerzo y la pasión de quienes creen en el arte como un puente que une a las personas.

Entendí que las comunidades se conectan cuando comparten historias, gestos y sonidos que les son familiares, cuando el arte se convierte en un territorio común. Y descubrí que preservar nuestras tradiciones no es solo recordarlas, sino vivirlas, compartirlas y dejarlas evolucionar con quienes vienen después de nosotros.

Cuando terminé el colegio, no tuve dudas sobre mi camino: sabía que quería dedicarme a las artes escénicas. Así fue como llegué a la Universidad Pedagógica Nacional, donde encontré un espacio que me permitió reafirmar lo que siempre había sentido: que el arte no solo cuenta historias, sino que también une a las personas y construye comunidad.

Con el tiempo, entendí que esa construcción no ocurre por sí sola, sino a través del encuentro, el intercambio y la transmisión de saberes. Durante las clases, mientras compartíamos nuestras reflexiones y escuchábamos los proyectos de otros, Manuel, Camilo y yo nos dimos cuenta de que nuestras inquietudes iban en la misma dirección. Nos unía el deseo de conectar a las comunidades, a través del arte y la memoria cultural, de rescatar y dar voz a las historias que nos han construido. Así fue como decidimos juntar nuestras experiencias y darle vida a un proyecto que no solo nos representara a cada uno, sino que también ayudara a fortalecer los lazos que el arte teje entre las personas.

Fue en este proceso donde la práctica pedagógica y la exploración del territorio jugaron un papel fundamental. Estar en contacto directo con las comunidades, escuchar sus relatos, observar sus gestos y participar en sus tradiciones nos permitió a nutrir y a comprender el valor de la memoria cultural. Las tradiciones no son solo

costumbres heredadas, sino hilos vivos que conectan el pasado con el presente y nos dan sentido de pertenencia. Gracias a estas experiencias, nuestro proceso comenzó a tomar forma y dar peso a nuestra dramaturgia, guiado por la idea de crear espacios donde las tradiciones y el patrimonio cultural pudieran compartirse y reinventarse a través del arte, fomentando el diálogo entre diferentes generaciones y disciplinas.

Hoy, al mirar atrás, entiendo que todo este camino ha sido una búsqueda constante por darle sentido a lo que hago, por encontrar maneras de unir la pedagogía, el arte y la tradición en un mismo latido. Cada encuentro, cada territorio explorado y cada historia compartida han sido piezas esenciales en la construcción de este proyecto.

CAPÍTULO II

INSPIRACIÓN

Pueblo Viejo, Ubaque.

Ubaque es un municipio cundinamarqués, ubicado al oriente del departamento, fue fundado el 15 de octubre de 1651 por el sacerdote español Custodio Lesaca. Se encuentra a una altitud de 1867 metros sobre el nivel del mar. Cuenta con una temperatura media anual de 18 grados centígrados, y según datos del DANE, su población para el 2025 será de 8.000 habitantes.

Ilustración 1 Iglesia de Nuestra Señora de Belén de Ubaque



Fuente: álbum fotográfico Camilo Mora

Desde sus inicios ha sido marcado por su relación con las comunidades indígenas muiscas, quienes le dieron su nombre, que en lengua chibcha significa “nido de sangre” o “valle del sacrificio”. Este territorio, fértil y generoso, está rodeado de montañas cubiertas por un manto blanco y espeso, atravesadas por fuentes de agua cristalina. Es una tierra donde la esencia campesina ha perdurado a lo largo de las

generaciones, custodiando historias, saberes y melodías que han sido inspiración para diversas canciones que evocan su belleza y su historia, donde también reflejan la nostalgia de quienes han partido, pero siempre llevan en su corazón el recuerdo de sus montañas y su gente.

Las calles de Ubaque conservan una arquitectura colonial que se mezcla con las construcciones más recientes y contemporáneas. Su parque principal, por ejemplo, es el punto de encuentro donde los habitantes del municipio, e incluso de ciudades, veredas y otros municipios aledaños, se reúnen a celebrar festividades, como lo son: la Fiesta de Nuestra Señora de Belén de Ubaque, la cual se celebra por lo general el último sábado de enero reuniendo en una gran caminata hasta 13 mil personas, que salen desde la localidad de san Cristóbal en Bogotá, recorriendo cerca de 35 km por el antiguo camino de los virreyes hasta Ubaque, pasando por el páramo de cruz verde.

Exactamente una semana antes tienen lugar las ferias y fiestas de Ubaque, a las que se les dedican cuatro días en enero, durante estos días se encuentra la exhibición de productos agrícolas y ganaderos, comparsas y festejos populares. Esto, entre otras tradiciones propias de la región, allí se logra evidenciar el calor de su gente y sus costumbres, la música campesina, el olor de los amasijos recién horneados y los cultivos que son el sustento de muchas familias y que, además, forman parte de la identidad cultural de la región.

A unos cuantos kilómetros de la cabecera urbana de Ubaque, a 10 kilómetros, para ser exactos, se encuentra la vereda Pueblo Viejo. Allí podremos encontrar la vida campesina en su estado más auténtico, donde sus habitantes, quienes en su mayoría están dedicados a la agricultura, mantienen vivas las prácticas de siembra y cosecha, donde cultivan maíz, papa, arracacha, cebolla, entre otros. Por otro lado, aún resuenan en las cocinas las historias que han sido contadas por generaciones al calor de la leña.

Pueblo Viejo es una vereda, un territorio palpable de tradición y costumbres; es muy común ver a los abuelos enseñar a los más jóvenes a amasar y elaborar pan de maíz, así como a labrar la tierra y aprender a vivir de lo que la tierra les brinda.

Ilustración 2 Casa de los Abuelos Maximiliano Mora y María del Carmen Castillo



Fuente: álbum fotográfico Camilo Mora

Pueblo Viejo, además, en la memoria de Camilo, es un lugar de arraigo, de enseñanza, son los suelos y el agua que él pisó y bebió, durante sus cinco primeros años de vida, es la vereda que lo vio crecer, donde se forjó cada valor y principio que hoy en día le rigen. En este sentido, lo que Lefebvre (1974) denomina *espacio vivido* se hace evidente: no es solo un entorno físico, sino un tejido de experiencias, afectos y memorias que se encarnan en la cotidianidad y que terminan configurando la manera de habitar el mundo y, en este caso, junto con las coplas de don Maximiliano, de crear teatralmente.

Don Maximiliano.

Ilustración 3 Don Maximiliano en la Vereda Pueblo Viejo, Sab. 11 Sep. de 2020, 11:09 a.m.



Fuente: álbum fotográfico Camilo Mora

Don Maximiliano Mora (Q.E.P.D.), nació en el municipio de Ubaque, Cundinamarca el 12 de abril de 1932, hijo de padres campesinos: don Julio Enrique Mora Sabogal y doña María Dolores Gaona Hortua. Él inició su acercamiento hacia las coplas, poemas y dichos desde muy niño, cuando en la chichería de su mamá, Dolores Gaona, llegaban diferentes copleros y portadores de tradición oral para refrescar sus gargantas secas. Allí, en reiteradas ocasiones, don Maximiliano intercambiaba

totumadas de chicha a cambio de que se le enseñaran muchos de los textos que recitó hasta el final de sus días.

Ilustración 4 Cédula de Ciudadanía de don Maximiliano Mora Gaona



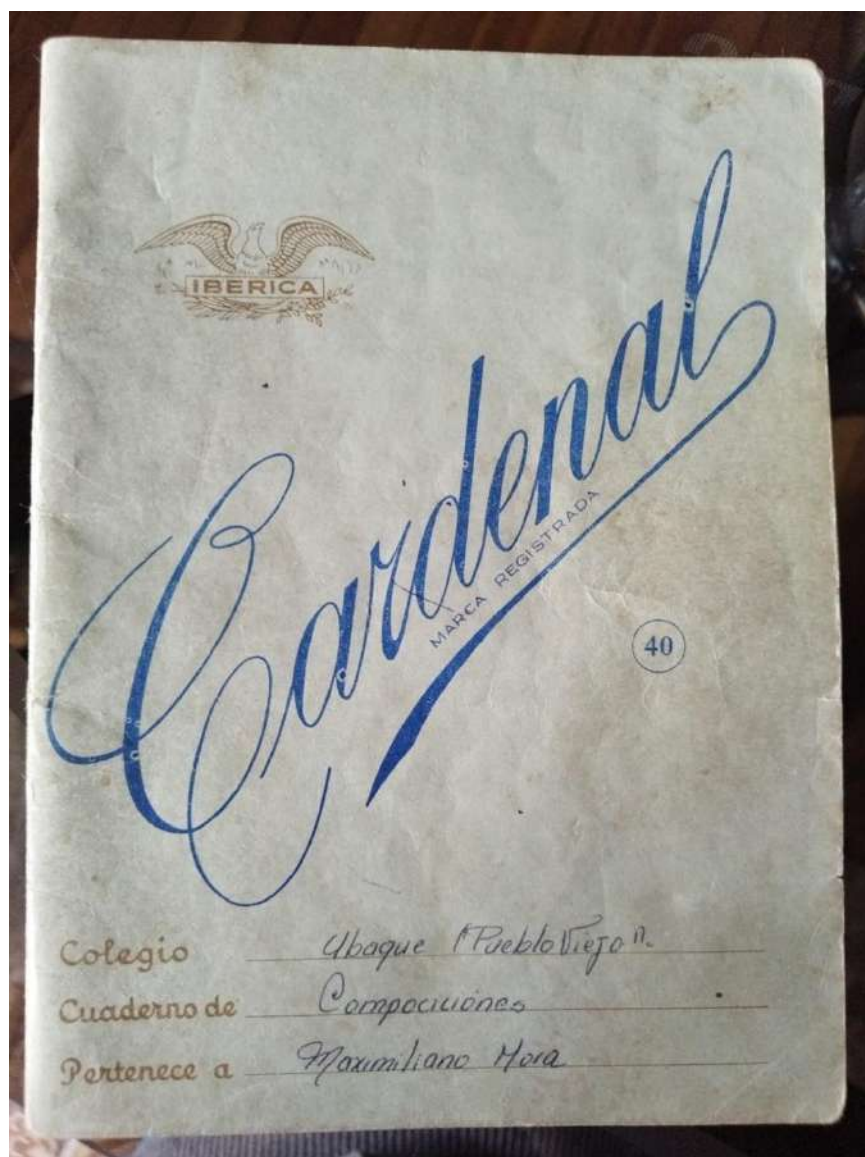
Fuente: álbum fotográfico Camilo Mora

En su juventud se dedicó al trabajo del campo; sin embargo, también era una de sus obligaciones el transportar en animales de carga muchos de los productos que su familia elaboraba en casa hasta la ciudad de Bogotá. Una vez allí, en la plaza de San Cristóbal, don Maximiliano vendía sus productos y así mismo compraba la remesa y los encargos que su familia le encomendara llevar, aprovechando para incluir en el inventario de cada viaje una máscara. En época decembrina él, junto con su grupo de amigos de

la vereda, se ponían las máscaras y se vestían con ropa vieja que les regalaban, para ir en comparsa animando y haciendo reír a la gente en aquellas fiestas de fin de año.

El Cuaderno Entre Coplas & Poemas

Ilustración 5 Cuaderno Cardenal de Composiciones Perteneiente a don Maximiliano Mora



Fuente: álbum fotográfico Camilo Mora

Un buen día, con el ánimo de conocer pueblo viejo, a la familia de Camilo sus costumbres y saberes, salimos de Bogotá hacia Ubaque, Cundinamarca, a la vereda Pueblo Viejo, lugar donde residen los señores Alberto Mora, Evar Mora e Ignacio Mora, tíos de Camilo Mora.

Al llegar a la vereda nos recibió don Evar y don Ignacio, y entre chiste y chanza nos fueron contando de las bebidas tradicionales de la vereda, el Pirrín y el Pico e´ pollo, entre risas se fue pasando el tiempo hasta que llegó don Alberto, con quien hablamos para al día siguiente acompañarlo a ordeñar, sobre las 5: 30 am. Nos dirigimos al lugar donde don Alberto iba a ordeñar, y durante el trayecto don Alberto nos hablaba de la gente de la vereda, sus amigos, conocidos y familiares. Por fin llegamos al lugar donde se hace el ordeño, don Alberto nos enseñó a ordeñar y una vez terminamos, retomamos el camino de regreso a la casa.

Junto a don Alberto yo Manuel me adelanté en el camino y le pregunté sobre las costumbres orales de la vereda, especialmente sobre coplas y dichos de la vereda, don Alberto me cuenta que en la vereda no se usan muchos dichos, que lo más común en la vereda son los apodos entre la gente y que en cuanto a las coplas el único de la vereda que escribía coplas era don Maximiliano Mora Gaona, abuelo de Camilo, quien de hecho, menciona don Alberto, escribió varios cuadernos con coplas y poemas que desafortunadamente se fueron perdiendo.

Quedó en mi mente entonces el tema del cuaderno y al llegar nuevamente a la casa, hice la misma pregunta a Don Evar quien ya se encontraba al pie del fogón alistando las ollas para hacerlos amasijos y el almuerzo, Don Evar sonrío por un momento y menciona que don Maximiliano era quien solía escribir coplas en la vereda,

que solía anotarlas en cuadernos de los cuales ya no sabían su paradero, algunos fueron prestados y otros simplemente ya no aparecieron.

La conversación se prolongó hasta que Camilo y Camila, que venían un poco más atrás en el camino, llegaron a la casa, al escuchar que hablábamos sobre los cuadernos, Camilo dice “yo logré rescatar uno, lo tengo en Bogotá porque lo quiero transcribir”. Al escuchar estas palabras de Camilo la emoción saltó a la vista, tenemos un tesoro en las manos que debemos revisar.

Paso el tiempo, hicimos amasijos, en torno a una charla llena de anécdotas, chistes y risas, y luego, sobre las siete de la noche emprendimos camino a Bogotá. Días después Camilo llega a la universidad y de su maleta saca una bolsa color verde de la cual saca un cuaderno en cuya portada resalta un letrero azul en letra cursiva “cardenal” sobre este letrero, un logo dorado pequeño con una figura que parece ser un cóndor, bajo el cóndor la palabra “IBERICA” y en la parte inferior del cuaderno aparecen las palabras “colegio, cuaderno de, pertenece a” las palabras están escritas en color dorado y frente a ellas con esfero se escribe “ubaque pueblo viejo, composiciones, Maximiliano Mora”

El cuaderno es un cuaderno de 100 hojas, rayado, escrito a mano con esfero y en letra cursiva, contiene 117 coplas distribuidas en las primeras 40 páginas del cuaderno. Las coplas están compuestas por cuatro estrofas, dónde la terminación de la segunda estrofa rima con la terminación de la cuarta, el cuaderno también contiene poemas y canciones según los títulos que se encuentran dentro del cuaderno, en palabras de Jorge Velosa, “la copla es la manera en la que el pueblo dice lo que siente, lo que vive y lo que sueña” (Velosa 1995) así entonces el cuaderno de Don Maximiliano no solamente

guarda escritos sino que resguarda también las experiencias, emociones y saberes de la vereda Pueblo Viejo.

Tipo de estrofa: Esta copla está compuesta por una redondilla, que es una estrofa de cuatro versos octosílabos (de 8 sílabas métricas cada uno), muy común en la poesía popular y tradicional hispanoamericana.

Por su parte, Guillermo Abadía Morales (folclorólogo colombiano, 1912-2010) escribió ampliamente sobre la copla en Colombia. Él explica que la copla proviene de raíces antiguas y la compara con las jarchas mozárabes (pequeñas estrofas populares de la Edad Media). Abadía señala: «Estas jarchas eran, ni más ni menos, coplas y su género expresivo era más lírico que épico». (Abadía, 1985, p. 4).

Métrica (número de sílabas por verso):

Vamos a contar las sílabas métricas de una de las coplas presentes en la dramaturgia:

Ilustración 6: Disposición de versos ABCB.

N° de Sílabas	1	2	3	4	5	6	7	8
Versos	Las	<u>ins</u>	<u>truc</u>	<u>cio</u>	<u>nes</u>	del	i	ca
	En	vi	<u>gi</u>	lar	los	<u>ga</u>	<u>na</u>	dos
	es	por	que	Co	<u>lom</u>	<u>bia</u>	<u>tie</u>	<u>ne</u>
	<u>Doc</u>	to	res	a	<u>mon</u>	to	<u>na</u>	dos

Fuente: Elaboración propia

Todos los versos tienen 8 sílabas métricas, por lo tanto, son versos octosílabos, el verso típico de la copla.

Tipo de rima: Analicemos las terminaciones de los versos:

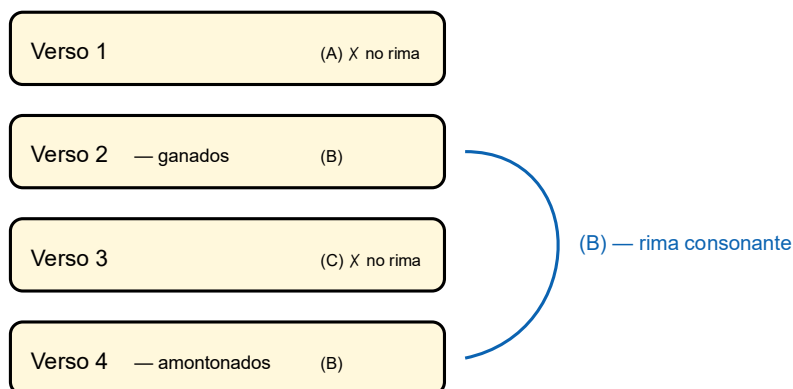
1. *-ica* → (a)
2. *-ados* → (b)
3. *-iene* → (c)
4. *-ados* → (b)

Esto corresponde a un esquema de rima **abcb**, frecuente en coplas populares, donde el verso 2 rima con el verso 4, mientras que los versos 1 y 3 quedan sueltos.

Al respecto, Guillermo Abadía Morales señala que «la copla folclórica colombiana suele estar formada por cuatro versos, con predominio del octosílabo, en los que el segundo y el cuarto presentan rima, quedando sueltos el primero y el tercero».

Aquí hay rima consonante entre el verso 2 y el verso 4 (ganados / amontonados). Los versos 1 y 3 no riman entre sí ni con los otros. Ejemplo:

Ilustración 7 : Esquema de rima abcb.

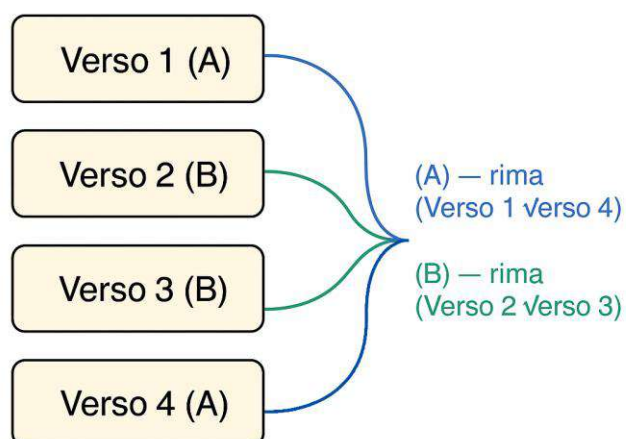


Fuente: Elaboración Propia

Esto da un esquema de rima abcb, que es frecuente en coplas populares, aunque menos cerrado que la clásica redondilla (que tiene rima abba). Ejemplo:

Ilustración 8 Esquema de rima abba.

Fuente: Elaboración Propia



Notas: Redondilla (ABBA). Las líneas curvas muestran los pares de versos que riman: A conecta 1 y 4; B conecta 2 y 3.

*Aquí se ve cómo **los versos 1 y 4 riman entre sí**, mientras que el 2 y el 3 realizan la misma acción.*

Resumen técnico:

- Género literario: Lírico
- Forma: Copla (estrofa de 4 versos)
- Tipo de estrofa: Cuarteta de arte menor (octosílabos)
- Versificación: Versos octosílabos
- Rima: Consonante, esquema abcb
- Estilo: Satírico / burlesco (crítica social)
- Tradición: Poesía popular campesina u oral.

CAPÍTULO III

¿QUÉ PASÓ EN PUEBLO VIEJO?

LA DRAMATURGIA.

La obra “**¿Qué pasó en Pueblo Viejo?**” se inscribe en una dramaturgia del acontecimiento anclada en la memoria, entendiendo memoria como algo que privilegia la experiencia viva, partiendo de testimonios, documentos y vivencias propias, atravesada por elementos de lo cotidiano, lo testimonial y lo performativo. Su construcción surge de una experiencia de creación colectiva, donde lo autobiográfico, lo comunitario y lo ancestral se entrelazan con la ficción. En ella, el cuerpo, la palabra y la acción escénica se ponen al servicio de una narrativa que no busca únicamente representar, sino más bien evocar y reconectar con un sentir profundamente rural y popular.

En este sentido, la obra dialoga con el *cuadro de costumbres*, una forma de representación escénica tradicional en Hispanoamérica que, desde el siglo XIX, buscaba retratar escenas típicas de la vida cotidiana de una región o grupo social, para resaltar sus usos, hábitos, paisajes, personajes, lenguajes y actividades propias. Al igual que el cuadro de costumbres, *¿Qué pasó en Pueblo Viejo?* se detiene en los detalles de la vida campesina: la preparación de los amasijos, los diálogos en lenguaje local, los rituales religiosos, los refranes, las coplas y la vida comunal. Sin embargo, a diferencia de los cuadros decimonónicos que con frecuencia idealizaban al campesino desde una mirada urbana y centralista. Esta obra nace de una voz interna, sensible y situada: la de quien ha vivido esos paisajes, ha probado ese pan caliente y conoce de cerca las violencias silenciosas que atraviesan el campo. Como recuerda Fals Borda (1986), el conocimiento campesino no es residuo del pasado, sino creación presente, memoria viva.

Cuadro de costumbres

La dramaturgia “¿Qué pasó en Pueblo Viejo?” utiliza un lenguaje colorido y popular para narrar la vida de don Maximiliano Mora y don Tomás Rojas, dos amigos que crecieron juntos en la vereda Pueblo Viejo, municipio de Ubaque, Cundinamarca. A través de sus escenas se cuentan sucesos cotidianos, experiencias compartidas y aventuras vividas en la amistad. La obra refleja expresiones, dichos, comidas, danzas y músicas propias de la región cundiboyacense.

De manera especial, las coplas de don Maximiliano Mora se convierten en un puente hacia la memoria, pues narran de primera mano momentos significativos de la vereda en los años setenta. Como señala Arocha (2004), la palabra dicha o cantada es fundamental para transmitir memorias y saberes comunitarios en este sentido. Estas coplas cumplen casi una función documental, al permitirnos conocer cómo era la vida en aquella época, sus costumbres y mentalidades.

El lenguaje popular, la descripción de escenas cotidianas, los personajes, su manera de hablar y de vestir acercan esta dramaturgia al género literario del cuadro de costumbres. Este género, originado en España en el siglo XIX, llegó a América Latina y, en Colombia, tuvo referentes importantes como María Vergara y Jorge Isaacs.

Una dramaturgia desde la memoria

¿Qué pasó en Pueblo Viejo? No responde a una estructura clásica con planteamiento, nudo y desenlace. Más bien fluye como una receta compartida o como una conversación entre generaciones. El relato se fragmenta y se recombina en distintos planos: los juegos de infancia, los recuerdos de los adultos, la voz de la cocinera o la

acción concreta de preparar los amasijos. Este tejido múltiple otorga a la obra una cualidad sensorial y poética, donde los sentidos —olfato, gusto, oído— tienen tanta relevancia como la palabra.

Asimismo, puede decirse que la obra se inscribe en una dramaturgia de carácter decolonial, pues recupera saberes y prácticas históricamente subalternizadas la cocina campesina, el relato oral, la copla y pone en escena cuerpos y voces excluidos de los relatos oficiales del país: abuelos y abuelas, niños y niñas marcados por la guerra, pobladores rurales que han resistido con dignidad en medio del conflicto. En este sentido como menciona Martín Barbero (1987) “la memoria popular se conserva en los relatos, en las fiestas y en las prácticas que hacen posible la continuidad cultural de los pueblos.

Desde allí, *¿Qué pasó en Pueblo Viejo?* construye una dramaturgia que no busca el espectáculo, sino la intimidad, donde el público no es solo un espectador distante, sino un participante o testigo de una memoria compartida, es una intimidad que nace de la confianza y la familiaridad, como la de una conversación en la cocina donde se transmiten saberes y se cuentan historias; que, no apuesta por lo espectacular, sino por lo esencial; que no actúa desde el artificio, sino desde la memoria encarnada.

Boaventura de Sousa Santos nos recuerda que el conocimiento no puede reducirse únicamente al saber hegemónico occidental tecnocrático, científico o académico, pues existen otros saberes, como los de los pobladores rurales, que también producen mundos, memorias y resistencias.

En las prácticas que dan origen a *¿Qué pasó en pueblo viejo?*, la vida en la vereda se manifiesta como un espacio escénico, donde la memoria, la palabra e incluso el cuerpo se entrelazan construyendo un relato, Goffman (1959) menciona que toda

interacción social puede comprenderse como una representación, gestionando tu identidad a través de gestos y acciones, así los actos cotidianos de los habitantes de la vereda Pueblo Viejo, como el ordeño la preparación de amasijos y las coplas en torno al fogón se convierten en pequeñas escenas que dan cuenta de los modos de habitar y construir en comunidad.

Podríamos decir entonces que la dramaturgia se convierte en un proceso pedagógico tejido desde la experiencia y el hacer compartido, donde cada práctica se convierte en un espacio de aprendizaje y donde el saber popular se resignifica a través de la acción escénica, esta creación se convierte en un acto formativo en el que nosotros como creadores reflexionamos sobre nuestras propias historias de vida y así nos damos cuenta también que somos portadores de conocimiento y memoria.

Ahora bien, como estudiantes de la Licenciatura en Artes Escénicas, desarrollamos reflexiones significativas en torno al proceso de creación de la dramaturgia y al proceso de la investigación. No solo desde nuestra mirada como estudiantes, sino también como futuros docentes, este proceso creativo fue una experiencia profundamente transformadora. La creación de esta dramaturgia no se limitó a ser un proyecto de grado, sino que se convirtió en una verdadera travesía de aprendizajes: una vivencia pedagógica donde el arte, la memoria y la comunidad se entrelazaron para mostrarnos otras formas de entender la educación y la creación.

Nuestro acercamiento a la vereda Pueblo Viejo, y en especial a la familia Mora Castillo, fue esencial para comprender la profundidad y la riqueza de lo que estábamos viviendo y creando. Según Goffman (1959), cada interacción social puede entenderse como una representación: cada individuo, en su vida cotidiana, actúa y se presenta ante

los demás construyendo una identidad y configurando una “puesta en escena” frente a quienes lo rodean. Desde esta mirada, comprendimos que los habitantes de la vereda y la familia Mora Castillo son, de algún modo, actores de su propia existencia, protagonistas de sus historias dentro de un teatro invisible pero constante que se revela en los gestos, las tradiciones y las acciones de la cotidianidad.

Como futuros docentes, comprendimos que el aprendizaje teatral va mucho más allá de la enseñanza de técnicas escénicas. En él se despliegan la sensibilidad para observar, la disposición para escuchar y la empatía para acompañar procesos profundamente humanos. Aprendimos que enseñar teatro es, ante todo, generar espacios de encuentro, donde las personas puedan reconocerse, dialogar, expresarse desde su propia experiencia de vida y el valor del trabajo colaborativo. Así mismo, aprendimos que todos tienen algo que enseñar: los campesinos, los abuelos, los niños, los jóvenes. El conocimiento circula en múltiples direcciones y nosotros como estudiantes aprendimos significativamente de la comunidad.

¿QUÉ PASÓ EN PUEBLO VIEJO?

Por: Camilo Andrés Mora Díaz.
Manuel David Chaves Pinzón.
Camila Andrea Cristancho Mariño.

1. SINOPSIS

“¿Qué pasó en Pueblo Viejo?” es una obra de creación colectiva que entreteje la memoria, el territorio y los sabores tradicionales para dar vida a un relato escénico profundamente arraigado en las vivencias campesinas del altiplano cundiboyacense. A través del recuerdo de dos entrañables amigos de infancia, Maximiliano y Tomás — presentados en su niñez y en su vejez—, la obra recrea momentos de alegría, resistencia y cotidianidad marcados por el conflicto político bipartidista que atravesó al país en las décadas de los cuarenta y cincuenta.

La pieza se desarrolla en tres tercios del escenario: dos para la acción dramática, otro para la elaboración en vivo de amasijos tradicionales y la narración del relato al estilo de una receta, uniendo la palabra, la acción y el aroma de lo cotidiano. Esta estructura le permite a la obra moverse entre el pasado y el presente, entre el juego infantil y la memoria adulta, entre la violencia vivida y la esperanza cultivada.

La historia inicia con los niños Maximiliano y Tomás escondidos en un árbol, temerosos por la presencia de tropas oficiales que patrullan la vereda. Mientras se refugian entre ramas y silencios, conversan sobre el miedo, el hambre y las razones por las cuales se les persigue: por pensar distinto. Esta escena abre el telón de una

época dura, donde el color político podía significar la vida o la muerte, incluso en rincones apartados como Pueblo Viejo.

A lo largo de la obra, las versiones adultas de estos personajes recuerdan con humor, nostalgia y sabiduría los días de su juventud, acompañados por sus esposas Carmen y Cecilia, dos mujeres campesinas de carácter y ternura, que representan los pilares del hogar, los saberes ancestrales y la espiritualidad femenina. Carmen, partera, cocinera y catequista, es voz de autoridad y refranera empedernida, mientras que Cecilia, más serena y contemplativa, aporta equilibrio y memoria afectiva al grupo.

Entre canciones, refranes, amasijos y relatos fragmentados, los personajes van reconstruyendo no solo sus propias vidas, sino también la historia silenciada de una comunidad rural atravesada por el conflicto, la solidaridad y la costumbre. La cocina — con sus ingredientes, olores y texturas— se convierte en espacio simbólico y político, donde las memorias se amasan con la harina, y los silencios se hornean junto al pan de maíz.

“¿Qué pasó en Pueblo Viejo?” es una obra que reivindica las voces de los mayores, que rescata el valor de la oralidad, la cocina tradicional y los vínculos

comunitarios como formas de resistencia. En escena, la luz cálida, el paisaje sonoro del campo y los objetos reales de cocina evocan una atmósfera nostálgica y cercana. La obra no ofrece respuestas cerradas, sino que plantea preguntas desde el corazón de la memoria: ¿qué nos une?, ¿qué olvidamos?, ¿y qué seguimos amasando juntos como pueblo?

2. PERSONAJES:

Ilustración 9 Tabla descriptiva de Personajes

Personaje	Aspecto Físico	Aspecto Psicológico
Maximiliano Joven	Joven de 14 años. Delgado y alto. Siempre lleva la camisa suelta y alpargatas. Su cabello es despeinado y despreocupado, como si el viento del campo jugara con él todo el día.	Es alegre, inquieto, conversador, no pierde oportunidad para inventar un cuento nuevo sobre lo que ve a su alrededor, convierte cada momento cotidiano en una pequeña aventura.
Maximiliano Adulto	Hombre de 90 años. Delgado y alto pero encorvado, camina con cierta lentitud, pero sin perder firmeza. Su rostro muestra arrugas profundas, especialmente en los pómulos y alrededor de los ojos. Cabello blanco y escaso, con patillas largas y gruesas. Siempre lleva una ruana de lana gruesa acompañado de un sombrero de ala ancha y botas de caucho.	Alegre, conversador, lleno de refranes y cuentos. A pesar de su edad, mantiene una energía vital por compartir. Tiene una risa contagiosa y una visión optimista. No pierde oportunidad para tirar chascarrillos.
Tomás Joven	Joven de 13 años. Su ropa es parecida a la de Maximiliano, pero siempre tenía la camisa bien vestida y alpargatas	Un tanto callado y sereno en su cotidianidad, pero de carácter alegre y perspicaz.
Tomás Adulto	Hombre de 89 años. Contextura un poco robusta, tiene movimientos pausados, voz grave. Su cabello es de tonalidades blancas y grises, es corto y peinado hacia atrás. Patillas discretas y bien recortadas. Su rostro muestra el cansancio de los años. Ruana oscura, pantalón claro y sombrero de fieltro.	Reservado, sabio, más observador. Habla poco, pero con contundencia. Tiene un humor fino, a veces irónico. Protector y de gran nobleza. Contrasta con el carácter dicharachero de Maximiliano.
Carmen	Mujer de 85 años. Cabello cenizo y siempre peinada con una cola alta atrás. De carácter fuerte, es la matrona del hogar. Campesina, conocedora de saberes y oficios, como la partería, la costura, la preparación de alimentos diversos como los amasijos, embutidos y bebidas propias de la región. Es enfermera y catequista. Empleaba demasiados dichos al hablar.	Fuerte, decidida, muy protectora del hogar. Tiene autoridad y liderazgo dentro de su espacio. Habla con muchos dichos y consejos sabios. Se muestra como una figura maternal y espiritual. Es profundamente religiosa.
Cecilia	Mujer de 84 años. Delicada pero fuerte. Voz suave, mirada amorosa, gestos pausados. Usa siempre vestidos largos y sencillos, la acompaña un rosario que sale de su bolsillo.	Tierna, reflexiva, muy espiritual. Es el equilibrio entre Tomás y Carmen. Escucha más de lo que habla, pero cuando lo hace, deja una enseñanza. Tiene una gran memoria y una relación afectuosa con la tierra y la familia.
Narrador	Edad desconocida. Es una figura sencilla y cercana, de raíces campesinas. Viste con sencillez: una camisa clara, y un pantalón café	Es observador, reflexivo y profundamente sensible a los detalles que otros suelen pasar por alto. Habita tanto la realidad como el recuerdo. Con sus palabras, logra unir la tradición oral con la vida cotidiana, haciendo que el recuerdo cobre sentido en el presente.

Fuente: Elaboración propia

3. ILUMINACIÓN GENERAL DE LA OBRA:

- **Paleta lumínica:** tonos cálidos (ámbar, amarillos, ocre), luz cenital tenue para escenas de interior; azulados y fríos para las noches o momentos de tensión.
- **Luz de narrador/a:** foco cálido (tono sepia), ubicado desde arriba a 45° frontal. Se utiliza una luz puntual que aísle la figura del narrador/a en su tercio del escenario.
- **Tercio de amasijos:** iluminación suave constante, ámbar tenue. Debe sentirse hogareña, como la luz de una cocina campesina de antaño.
- **Uso de sombras:** en las escenas de persecución o escondite (como en el árbol), proyectar sombras de ramas o troncos en la escenografía para evocar el bosque.

4. SONIDO Y PAISAJE SONORO:

- **Paisaje veredal:** sonidos de grillos, viento leve, gallos lejanos, zumbido de insectos, pasos en tierra húmeda.
- **Persecución (Escena 1):** pasos apresurados, tropa marchando, silbidos, radios antiguos de fondo, murmullos tensos.
- **Interior de casa (Escena 2):** ollas de cocina, aves domésticas (gallinas, vacas), música de fondo en radio AM (pasillos, bambucos).
- **Fiesta:** música en vivo tradicional llanera o cundiboyacense (tiples, guitarras, requinto), voces, risas, gritos de júbilo y pasos de baile.

5. UTILERÍA:

- Artículos reales de cocina tradicional: artesa, cucharón de palo, batea, canasto, tela de cocina.
- Sombreros, ruanas, peinillas (machetes) bastón de Maximiliano.
- Escenografía modular que sugiera interior de casa campesina: mesa de madera, bancos rústicos, un fogón simulado.
- Vestidos y enaguas para el recuerdo de las comparsas.

6. EJERCICIO DRAMATÚRGICO

¿Qué pasó en Pueblo Viejo?

Acto 1

Escena 1

Vereda Pueblo Viejo, Ubaque, noche.

(El narrador se encuentra a un costado del escenario, todo se encuentra oscuro) (Una luz suave y cálida se proyecta sobre el narrador.)

Narrador: Ingredientes para el Pan de Maíz: 1 lb de harina de maíz blanco, 1 lb de cuajada fresca, dos o tres huevos, sal al gusto, una pizca de azúcar y ½ lb de mantequilla.

(Mientras va agregando los ingredientes a una artesa que se encuentra sobre la mesa, narra los acontecimientos).

Narrador: Es alguna noche, entre 1946 y 1953. Tomás y Maximiliano, tendrían unos 13 y 14 años respectivamente, esperan sentados en las ramas de un árbol. Es una noche fría y la luna marca cuarto menguante.

*(Una luz tenue se enciende poco a poco sobre todo el escenario.)
Es una noche fría. Tomás y Maximiliano se encuentran sobre la rama de un árbol. Comienza a escucharse, casi como un murmullo lejano, una marcha militar.*

Maximiliano: Está haciendo como hambre.

Tomás: A mí desde rato están que me chirrean las tripas, pero toca esperar, porque que más se hace.

Maximiliano: ¿Qué horas serán?

Tomás: La luna se está escondiendo, yo creo que ya se largaron.

Maximiliano: Quien sabe, a veces se quedan en la chichería de papá Emeterio hasta que se jartan y ahí Sí se largan.

Tomás: A estas horas ya deben estar bien jartos, yo me voy a bajar de aquí, ya tengo entumido el...

Maximiliano: Si sí, a mí también se me entumió la misma parte.

(Se escuchan pasos cercanos que avanzan marchando apresuradamente, radios antiguos chisporroteando y murmullos tensos).

Maximiliano: ¡Espere tantico, Tomás! ¡Alguien viene!

Tomás: (susurrando). Pues son los godos, ¡mejor callémonos la jeta!

Narradora: *(realizando la acción)*. Preparación: En una artesa o batea desintegrar la cuajada fresca hasta conseguir trozos bastante pequeños.

(Gira su foco directamente hacia el público). Esa noche todo un pelotón del ejército al servicio del entonces presidente de la República, Mariano Ospina Pérez, pasó frente a ellos y se alejó lentamente.

Tomás: Conté como 26.

Maximiliano: 27 conté yo, ¿Cuándo será el día en que podremos dejar de escondernos?

Tomás: Pues hasta que dejen de perseguirnos, porque nos gusta un partido político. Yo estoy seguro de que, si fuera al revés, nosotros no nos pondríamos a perseguir a nadie, pero así es la vida... ¡pilas que se va a caer!

(Bajan del árbol, sueltan una risa espontánea y nerviosa. Se enciende una luz cálida en el escenario, Tomás y Maximiliano cuentan los sucesos en copla, mientras van saliendo del escenario).

Tomás: Fueron un jurgo de noches
que tuvimos que escondernos,
porque ese ejército fantoche
quería desaparecernos.

Maximiliano: Los godos recorrían siempre
Nuestros caminos reales

Buscaban como serpientes

A todos los liberales.

Tomás: Entre arrayanes, cedros y más

Aquella frase por primera vez se oyó

Maximiliano en voz baja preguntó

Maximiliano: ¿A qué hora se va a ir Tomás?

A lo que respondió muy audaz

Tomás: Eso es muy fácil, Marciano

Primero se va usted, mi hermano

Después me voy yo detrás.

Narradora: *(realizando la acción)* Dividir la libra de cuajada en dos porciones iguales de 250g con ayuda de una gramera, o al ojo, procurando que se vean del mismo tamaño, y listo.

Dejamos media libra en la artesa y reservamos la otra media en un recipiente, puede ser una olla, un plato, lo que tenga y espolvoreamos sal a ésta última para usarla como relleno de nuestro pan de maíz.

(se apagan las luces, sale del escenario)

Acto 11

Escena 1

*(23 de mayo de 1964, Casa de Maximiliano, Pueblo Viejo, tarde.)
(Carmelita, esposa de Maximiliano, atraviesa el quinto mes de embarazo. En su vientre crece el sexto hijo del matrimonio: Wilson Ignacio Mora Castillo, a quien, con cariño, llamarán "Nacho") (En la cocina se encuentran: Maximiliano, Tomás y Carmelita/Carmen. De un viejo radio se escapa una melodía de bambuco, tenue y cálida) (Se enciende una luz cálida)*

Maximiliano: una noche tábamos pasando por la casa de don Celestino Poveda y él tenía un camarote desde donde se podía

escuchar todo y nadie lo veía a él, pero nosotros ya sabíamos dónde taba, entonces empezamos a decir con Tomás:

Tomás: ¿Qué ordena mi mayor?

Maximiliano: Recorrer toda la vereda mi primero.

Tomás: ¿Mi mayor, y si encontramos liberales?

Maximiliano: No me deje ni uno vivo.

Tomás: Como ordene mi mayor.

Maximiliano: (entre risas) Después de eso nos dispersamos, pues don Celestino escuchó todo, pero no pudo ver quienes éramos y entonces se bajó del camarote como alma que lleva el diablo y empezó casa por casa: que pilas que llegaron los conservadores, que echen pal monte muchachos, apúrenle, córranle, escóndanse...

(Las luces se apagan lentamente) (Se enciende una luz a un costado del escenario iluminando al narrador)

Escena II

Narrador: (mientras narra realiza el amasijo sin prisa). Vertemos en la artesa el resto de los ingredientes y mezclamos hasta obtener una masa suave, manejable, cuando ya no se le pegue a la mano es cuando va a saber que la masa está lista. Después arma bolitas pequeñas, aproximadamente del tamaño de un huevo tipo AA, y hace un huequito para rellenarlo con la cuajada que guardó.

(se enciende una luz en la mitad del escenario donde ya se encuentra Maximiliano y Carmen sentados tomando alguna bebida caliente).

(Maximiliano se encuentra escribiendo en su cuaderno, en esta ocasión, recuerda a doña Paca, una señora que hacía el aseo de la plaza de mercado del pueblo, señora muy humilde y analfabeta; él va leyendo las coplas a medida que las va escribiendo).

Página 9 del cuaderno original**Doña Paca**

1

Les cuento que en Pueblo Viejo
 las cosas ban a cambiar
 porque disque doña paca
 ba entrar a gobernar

2

y disque asume al poder
 antes de que cante el gallo
 y a Jose Antonio Romero
 lo nombro de secretario

3

Ella escogió este buen hombre
 porque no se le hizo bruto
 porque antes había escogido
 de secretario a minuto

4

y cuando supo el alcalde
 apenas dijo ututuy
 y tendrán que darle puesto
 a don carlos tibacuy

5

Dise Antonio Pelo e caña
 con mucha mano en bolcillo
 aquí quien merese puesto
 es don Antonio Castillo

Página 10 del cuaderno original

6

Con este nuebo gobierno
 que pronto entra a regir
 resusitaran los muertos
 para bolber a morir

7

El colegio no lo acaban
 lo ban a instalar mejor
 las lopez de directoras
 y lolo como rector

8

En fin enseguida Ubaque
 se llamará el pueblo largo
 también tienen para alcalde
 a don candido turriago

9

y los señores casianos
 se pusieron a fregar
 pues les ganó doña Paca
 sin tanto politiquear

10

y al gobierno de Colombia
nunca se le da en la muela
porque también tiene mando
el profesor Valenzuela.

(Maximiliano nota que Carmen lo observa atentamente y le hace muecas, ambos ríen por unos segundos...).

Maximiliano: Y qué me dice miya, cuando nos íbamos todos disfrazados de mujer... subíamos hasta Belén, Pueblo Nuevo, Santa Rosa, Guayacondo, incluso no sé en qué ocasión fuimos a parar a San Roque, por muchas partes estuvimos haciendo comparsa. Hasta que murió papá Julio.

Narrador: (mientras amasa) En ese momento, cuando murió papá Julio, fue cuando no volvieron a salir en comparsa a divertir a la gente.

Carmen: ¿Y entonces ya no volvieron a salir con el Tomás a divertir a la gente?

Maximiliano: No miya, después de la muerte de mi papá dejamos de salir, además, tocaba rebuscarse la papita para los pegostres.

Narrador: (entre risas contándole al público). Salían todos disfrazados con los vestidos viejos de misia Anita y las enaguas de misia Ricarcinda

Carmen: Me parece verlos todos disfrazados con los vestidos viejos de la comadre Anita y las enaguas de misia Ricarcinda.

Maximiliano: Solo nos faltaban los zarcillos en las orejas y unos tacones bien altos y quedábamos unas puras viejas.

(se escuchan risas de Maximiliano y Carmen)

Carmen: Lo importante es que lo pasaban contentos y hacían reír a los demás, en partida ustedes dos con Tomás, eso eran el diablo.

Narrador: (sin dejar de amasar) lo pasaban más contentos y hacían reír a los demás, en partida Maximiliano y Tomás, eso eran el diablo. (ríe)

Maximiliano: Yo llegaba de amarrar animales y remudar las bestias y me salía allá arriba pa la esquina, eso era fijo que

ya me estaban esperando: Tomás y Alfonso Rojas, José Antonio Mora, Francisco Cáchiras y otros más, unos ya traían los vestidos en fibras, entonces pues nos los poníamos y arrancábamos por los caminos en comparsa, y grite, y cante, y joda...

(Carmen y Maximiliano quedan congelados, la luz baja su intensidad) (se enciende una luz al otro extremo del escenario donde se encuentra sentado Tomás y su esposa Cecilia comiendo pan de maíz).

Narrador: *(terminando de armar las bolitas rellenas de cuajada)* Y eso les cuento, llegaban así donde hubiera reuniones o fiestas y eso la gente los recibía lo más de bien, aguardiente para todos, les pasaban las latas de pan completicas, así como la que yo toy haciendo, para que comieran y después se ponían a bailar hasta que amaneciera o hasta que les dieran ganas de irse pa otra fiesta a seguir jodiendo

Tomás: Pues si miya, y al son de hoy, yo no me acuerdo cuando fue la primera vez, pero siempre que el Maximiliano me preguntaba ¡e incluso todavía! cuando me pregunta, que a qué horas nos vamos a ir, pues yo siempre le respondo lo mismo: pues fácil, primero se va usted y después me voy yo detrás.

Narrador: *(Dándoles la forma a los panes de maíz).* Yo los miro y a veces me pongo a pensar... esta sí es una amistad verdadera.

Cecilia: Esa si es una amistad verdadera mijo ¿y qué estará haciendo por estos días el Marcito?

Tomás: Pues por ahí quedé de ayudarle a sembrar unos barbechos de criolla, pasado mañana creo que me dijo, y le dijo a Carmen que tocaba hacer caldito y piquete para unos veinte trabajadores ese día miya.

Cecilia: Bueno mijo, sería el tiro.

(se apagan las luces que enfocan a los personajes menos la del narrador).

Escena III

Narrador: Vamos cerrando la abertura hasta dejarla muy pequeña y aplastar la arepita dando palmadas sobre la parte de arriba hasta darle una forma redondeada y piramidal, hacer piquitos en

los bordes, en forma de estrella, puede dejarle entre 7 o 9 punticas, como usted lo vea mejor.

(mientras hace las estrellas).

(Se enciende una luz que sigue los pasos de Carmen quien interactúa con las rimas del narrador) (la acción se desarrolla a medida que el narrador cuenta el suceso por medio de rimas).

(Es la 1:40pm del 25 de mayo de 1964 en Pueblo Viejo-Ubaque, Cundinamarca).

(Sale Carmen cargando muchas ollas, mientras transita por un camino barrialoso llevando los almuerzos dos días después del diálogo anterior, se cae y se golpea en la panza de cinco meses de embarazo, nadie la auxilia, ella dura un buen rato quejándose del dolor en la barriga, llora, luego, después de secarse las lágrimas, vuelve a recoger las ollas y continúa su camino saliendo de escena).

Y bueno, Pasaron pronto dos días

Carmelita cocinó

Y en varias de sus ollas

El almuerzo empacó.

Se dispuso a caminar

Para los trabajadores

El almuercito llevar.

Eché papitas y arroz

Y la carne no faltaba

Y pa donde su marido

el camino agarraba.

Habían sido días de lluvia

Y andar era peligroso

El camino por la lluvia

Estaba muy barrialoso.

Pero ella con cuidado

Paso a pasito avanzaba.

Se entretenía doña Carmen

Con todo lo que miraba.

Se entretuvo en el camino

mirando los pajaritos

Que cantaban muy bonito

En algunos arbolitos.

Buenos días decía ella

A todo el que se topaba

Buenos días doña Carmen

A ella la saludaban.

Cinco meses de embarazo

Tenía yo no les miento

Y lo que voy a contarles

Tampoco yo me lo invento.

Vaya cosa pa jodida

Doña Carmen se aporreó

Y la pobre embarazada

De pancita se cayó.

Se escucharon muchos gritos

Ayúdenme ella gritaba

Pero por más que grito

Ahí si nadie se acercaba.

Y ahí duró tendida

Con sus ollas del almuerzo

Esperando que la ayuden

Pero nunca pasó esto.

*Como pudo adolorida
De nuevo se levantó
Y las ollas de comida
Una a una recogió.*

*Se sacudió un poco el barro
las lágrimas se secó
Y con las ollas auestas
Su camino retomó.*

(Hay un cambio de luces para dirigir el foco nuevamente hacia el narrador).

Narrador: (sacando una lata). Arma una lata de pan, que no le queden muy pegadas las unas con las otras, y las mete al horno a 180°C durante 20 minutos aproximadamente.

(Sale de escena con la lata de pan).

Escena IV

La vereda Pueblo Viejo es visitada por algunos Agrónomos del ICA "Instituto Agropecuario Colombiano" con el fin de asesorar a los agricultores, Maximiliano les recibe en su casa y, posteriormente, se sienta a escribirles unas coplas, estas son dichas, mientras las va escribiendo.

Página 3 del cuaderno original

Coplas al ICA

1.

Las instrucciones del ica
En vigilar los ganados
es porque Colombia tiene
Doctores amontonados

2

Yo espero que estos doctores
entiendan este sentido
que agan producir las tierras
donde nunca an producido

3.

Tambien cuando uno se sienta
con un dolorsito de tripa
hay que acudir de inmediato
a los doctores del ica

los del ica en el presente

4 disque ban a hacer milagros
 pero si no son visibles
 que se los lleven los diablos

5
Esterjulia que dirige
el programa familiar
que vino a nuestra vereda
a enseñar a cosinar

Página 4 del cuaderno original

6 y espero que pronto vuelba
 a traer nuevas instrucciones
 pero que no vuelba a traer
 eso de los agujones

7
y agradecidas quedarón
todas las amas de casa
porque en el tiempo anterior
no hacian más que una labaza

8 para todas las mujeres
 el curso fue provechoso
 porque cortar y coser
 para nosotros sabroso

9
hoy enseñó a hacer colada
que ninguna lo sabia
y nos quedo tan sabrosa
que el profesor se lambia

10 y al profesor le serbimos
 en un posillo bien grande
 y hay tubo para comer
 toda la santísima tarde

Elavoradas por: Maximiliano Mora
Dichas por: Nubia Marina Mora

Escena V

(Catedral Nuestra Señora de Belén de Ubaque. 20 de abril del 2022. 2:00pm).

(Maximiliano entra a escena, suena "Jaime Molina" de Rafael Escalona, Tomás está vestido con traje muy formal mientras que Maximiliano viste de blanco, ambos interactúan y hacen que el público dance aquel icónico vallenato).

(Mientras que la danza transcurre, Cecilia prepara el ataúd en el espacio. A media canción Maximiliano sale de escena desapercibido, Tomás, Cecilia y el público siguen bailando, y un poco antes de que termine la canción Cecilia sale de escena, el público regresa a su lugar y Tomás se sienta en uno de los lugares dentro del público asemejando una eucaristía con el ataúd frente a todos. No hay sacerdote, pero una vez se presencia una calma absoluta, se oyen las siguientes palabras: "Podéis ir en Paz" Tomás espera unos instantes y luego se dirige al ataúd, se agacha hacia este y balbucea algunas palabras... pide a algunos de los asistentes que le ayuden a cargar el ataúd y salen de escena).

Acto III

Escena 1

(Casa de Tomás Rojas, Vereda Pueblo Viejo, Ubaque, 5:10 p.m).

(Se enciende una luz sobre el centro del escenario, se encuentra Tomás y su esposa Cecilia sentados alrededor de una mesa).

Cecilia: ¿Cómo le fue mijo?

Tomás: Pues bien, gracias a Dios que ya volvimos.

Cecilia: Mijo, ¿le provoca alquito de comer?

Tomás: Pues si hay un cacao me lo tomo con unos dos panecitos de maíz.

Cecilia: Ya le traigo su bocado mijo.

(Cecilia va y saca el pan de maíz recién horneado, sirve chocolate en un pocillo y le lleva la merienda a Tomás).

Tomás: (comiendo). Gracias miya saludos le mandó Tiomiro, y Marina, y Alberto, y Evar, y Nacho.

Cecilia: ¿Y qué tal estuvo la misa?

Tomás: Pues más bien hubo harta gente, se llenó la iglesia, estuvo muy bonito.

Cecilia: Siquiera gracias a Dios estuvo bien acompañado el Maximiliano. Pueda ser que Dios lo tenga en su santa gloria y le haya perdonado todos sus pecados.

Tomás: Amén. (Se toma el último sorbo de chocolate. Agacha su cabeza y queda inmóvil).

(Cecilia sale caminando lentamente hasta el centro del escenario y se dirige al público).

Cecilia: Y con esas palabras, luego de haberse terminado su chocolate y su pan de maíz, Tomás agachó la cabeza y se despidió de este mundo.

Aquella frase que tantas veces se dijo este par de amigos se hizo realidad hasta el último momento de su amistad, pues primero se fue Maximiliano y detrás de él, se fue Tomás.

(Todo queda en silencio. Se apagan las luces y el escenario queda completamente oscuro. Al fondo suena "La última comparsa").

FIN

El camino hacia la dramaturgia

Llegados a este punto, nos corresponde realizar un breve recuento de lo que para nosotros significó realizar un ejercicio dramático a partir de las vivencias y algunas de las coplas que don Maximiliano Mora, escribió a puño y letra. Pero no queríamos realizar un marco metodológico convencional, por esta razón, decidimos contarles nuestra ruta metodológica, a través de unas cuantas coplas:

Si ya tamos onde tamos
y ya hay algo e conocencia,
nos dice la inteligencia
que nos soltemos la mano,
para invitarle paisano
a conocer la experiencia,
que conozca la vivencia
de esta nuestra creación
y que desta dramaturgia,
nos regale su impresión.

Todo comenzó un día,
tando tres en una mesa,
con ideas en la cabeza
pa poder poner a andar,
un proyecto estudiantil
para podernos graduar.

No supimos con certeza,
lo que nos iba a salir,
tuvimos que discutir,
y juntar pieza por pieza,
como amasando en artesa,
hasta que empezó a fluir.

Por allá que un horno e leña,
por aquí un radio teatro,
que sobre danza señores
y más ideas salieron
que en la mesa se pusieron
y en problemas se metieron
este trio de creadores.

Camilo un día nos habló,
de la historia de su abuelo,
buscando tal vez consuelo,
para expresar su sentir,
y nos quiso compartir,

la historia que a propia mano,
entre coplas y poemas
contó don Maximiliano.

Camilo también contó,
la historia que en pueblo viejo,
años atrás sucedió,
la cuenta con sentimiento,
pongan cuidado y les cuento,
lo quen la mesa pasó,
cuando el relato Camilo,
con lágrimas terminó.

La historia que nos contó,
a los tres nos conmovió,
sobre una gran amistad,
quen la vereda nació,
y en 2022 una sorpresa causó.

Maximiliano y Tomás,
de niños se conocieron,
y en pueblo viejo de amigos,
los dos unidos vivieron,
parún lado y parél otro,
siempre unidos la pasaron,
y entre bazares y fiestas,
la vida la disfrutaron,
y en esta gran amistad,
una frase se creó,
que muchas veces Tomás,
a Marcito repitió.

Cuando Marzo preguntaba,
¿a qué hora se va Tomás?
El otro le respondía
primero se va usted,
luego me voy yo detrás.

Así pasaron sus días,
 más que amigos hermanos,
 y lo que voy a contarles,
 no me lo invento paisanos.

Para el dos mil veintidós
 Marcito dejó este mundo,
 y al sepelio fueron todos
 pueblo viejo y Guayacundo.

Don Tomás muy afligido,
 al cajón se acercó,
 y en voz baja ese día,
 algo que nadie escuchó,
 muy triste y acongojado,
 a Marcito recitó.

Pasó la misa, el entierro,
 y don Tomás saludó,
 a los hijos de Marcito,
 la mano les extendió.

Se topó con don Ignacio,
 con Evar y con Alberto,
 y con ellos compartió,
 el doloroso momento.

Luego de darles la mano,
 y el pésame haberles dado,
 pasado un muy buen ratico,
 el camino había tomado.

don Tomás para su casa,
 cogió camino ligero
 pensando como la muerte,
 a su amigo le despoja,
 y llegó con un dolor,
 y en su alma una congoja,
 a su mujer le contó,
 como estuvo el suceso,
 y le expresó también,
 como a él le afectó eso.

Un chocolate y un pan,
 la esposita le sirvió,
 y a las cinco de la tarde,
 también don Tomás murió,
 y son cosas de la vida,
 pues la frase se cumplió,

primero murió marcito,
 y luego de su sepelio,
 don Tomás lo acompaño

Que historia tan más bonita,
 y todavía más curiosa,
 pues no podíamos creer,
 que haya ocurrido tal cosa.

Manuel luego comentó,
 que le gustaba rimar,
 y coplas como el abuelo,
 también solía utilizar,
 y ahí Camilo saltó,
 y dijo entusiasmado,
 podemos encaminarnos,
 todos tres por ese lado,
 mi abuelo también contaba,
 y en coplas el escribía,
 los hechos más importantes,
 quen el pueblo sucedían.

Y nos pusimos los tres,
 prontico a echar cacumen,
 y para hacer un resumen,
 se tomó una decisión,
 nos pusimos a pensar,
 que pal trabajo entregar,
 no teníamos de otra,
 sino sistematizar.

Pa pueblo viejo salimos,
 como en tres ocasiones,
 y para cada salida,
 teníamos nuestras razones,
 que conocer la vereda,
 la gente y su tradición,
 pero lo más importante,
 de ir en cada ocasión,
 era hablar de don marcito,
 y en una desas conversas,
 se habló de un cuadernito,
 que contenía las coplas,
 que escribía el abuelito.

Pa no hacer el cuento largo,
 la sistematización,
 la verdad no funcionó,
 y este trío nuevamente,

a la mesa se sentó.

Planteamos la situación,
y replanteamos la idea,
y decidimos ponernos,
rumbo a un equipo que crea,
tenemos la información,
el cuaderno y la intención,
y era hora de ponernos,
rumbo a una creación.

¿Entonces cómo le hacemos?
nació por ahí la pregunta,
Pues volviendo a estar en junta,
Camila nos respondió,
lo que su propia experiencia,
una idea le entregó.

Y nos comentaba Camila
que tando puallá en la mesa,
la mesa Cundinamarca,
en un grupo de teatro,
le dejaron una marca,
y era hacer en colectivo,
todo el tema creativo,
todos ideas lanzaban,
y así se consolidaban,
todas sus obras teatrales,
dónde todos ayudaban,
al tema de la creación,
escribían y actuaban
y el proceso creativo,
toditos lo disfrutaban.

Propone Camila entonces,
una dramaturgia hacer,
y ponernos a escribir,
se volvía un menester.

Debemos usar las coplas,
del abuelo de Camilo,
construir las nuestras propias,
y narrando alguna historia,
construir la dramaturgia,
que se quede en la memoria,
¿pero qué historia contamos?
de nuevo nos preguntamos,
y es aquí donde entra entonces,
lo primero que narramos.

De aquella amistad surgida,
en Ubaque y Pueblo Viejo,
y teniendo tema y coplas,
escribir fue lo complejo,
Definimos personajes,
y fueron cinco en total,
don Marcito, doña Carmen,
Cecilia y don Tomás,
y súmele un narrador,
que ese no se quede atrás.
Con los personajes listos,
y la historia en la cabeza,
nos pusimos a escribir,
y con bastante entereza.

Le pusimos entusiasmo,
y escribimos el boceto,
como quien dice esqueleto
de esta obra teatral,
que entre leída y leída
igual se fue transformando,
y poco a poco y con calma
un día por fin completamos
La idea quentre los tres,
como pancito amasamos.

CONCLUSIONES

A lo largo de este proceso comprendimos que la educación artística, más allá de transmitir técnicas o metodologías escénicas, se fundamenta en la posibilidad de reconocer, valorar y reavivar los saberes que habitan en las comunidades. Nuestra experiencia de investigación–creación en la vereda Pueblo Viejo se convirtió en un aula viva, donde la palabra, la memoria y las prácticas rurales se transformaron en herramientas pedagógicas que promovieron el aprendizaje. Cada encuentro con la comunidad fue una lección sobre la escucha, la empatía y el respeto por las formas propias de conocimiento, demostrando que el teatro puede funcionar como un puente entre generaciones y como un vehículo de transmisión cultural.

Desde nuestra formación en la Licenciatura en Artes Escénicas, este proceso nos permitió reconfigurar la visión del rol docente, entendiendo que el maestro en arte no solo enseña a representar, sino que también acompaña, aprende y se transforma junto con los otros. La pedagogía emergió para nosotros como una práctica afectiva y situada, capaz de generar vínculos y fortalecer la identidad cultural a través del arte. La oralidad campesina, la copla y la cocina fueron asumidas como lenguajes pedagógicos que posibilitaron el acercamiento al conocimiento a partir de la experiencia y la memoria. En este sentido, el aprendizaje teatral se volvió un acto de reciprocidad, donde enseñar fue también un modo de agradecer y de devolver al territorio aquello que nos enseñó con su historia y su voz.

En el plano artístico comprendimos que ¿Qué pasó en Pueblo Viejo? se forjó como una dramaturgia nacida de la memoria y del arraigo, donde las fronteras entre lo documental, lo poético y lo popular confluyen para dar paso a una creación profundamente humana. Este proceso creativo nos permitió constatar que el arte puede ser un acto de resistencia frente al olvido y un ejercicio de preservación cultural. La construcción de la obra se nutrió del diálogo entre las coplas de don Maximiliano Mora, los recuerdos familiares y las vivencias compartidas en la vereda, configurando un lenguaje escénico híbrido que combina lo testimonial con lo simbólico, lo cotidiano con lo ritual.

La experiencia creativa nos permitió revalorizar la dramaturgia como un espacio de encuentro entre el arte y la vida, donde la palabra se amasa como el pan: con paciencia, con historia y con afecto. Cada elemento escénico —la cocina, la música, las voces de los abuelos, los silencios del campo— se integró para construir una poética de lo sencillo, una estética que no busca el espectáculo sino la verdad sensible del territorio. Este proceso reafirmó en nosotros la convicción de que la creación teatral puede y debe ser también un gesto político y afectivo, capaz de visibilizar las voces rurales, dignificar sus memorias y proponer nuevas formas de narrar el país desde los márgenes.

BIBLIOGRAFÍA

- Abadía Morales, G. (1983). Compendio general de folclor colombiano. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Arocha, J. (2004). Urbana ruralidad: memorias y resistencias afrocolombianas. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Canclini, N. G. (1999). La globalización imaginada. Buenos Aires: Paidós.
- Chartier, R. (1992). El mundo como representación: Historia cultural: entre práctica y representación. Barcelona: Gedisa.
- Fals Borda, O. (1986). Conocimiento y poder popular: Lecciones con campesinos de Nicaragua, México y Colombia. Bogotá: Siglo XXI Editores.
- Goffman, E. (1959) La presentación de la persona en la vida cotidiana (Trad. F González Aramburu)
- Lefebvre, H. (1974/2013) La producción del espacio.
- Martín-Barbero, J. (1987). De los medios a las mediaciones: Comunicación, cultura y hegemonía. México: Gustavo Gili.
- Sousa Santos, B. de. (2010). Refundación del Estado en América Latina: Perspectivas desde una epistemología del sur. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Velosa, J. (1995). La carranga: Música campesina boyacense. Tunja: Ediciones de la UPTC.
- Rojas, J. [Jorge Juglares]. (2020, 21 de junio). *Por Amor a Ubaque* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=yraN6x0AQBU>
- Suárez. (2021). *El Ubaquense* [Canción]. Spotify. <https://open.spotify.com/track/2ful16t9hwoRWcUtZWj8nV?si=9ftliHsJSDmK8VVqAMu8VQ>

ANEXOS.

Querido lector, has llegado al acto final de este proceso, el telón se cierra, pero aún queda mucho por descubrir, escanea estos QR, dirígete a los enlaces y descúbrello.



Ilustración 10 Fragmentos de las bitácoras personales que acompañaron cada salida y encuentro en la vereda Pueblo Viejo. En ellos se registran observaciones, memorias y reflexiones.



Ilustración 11 Devolución al territorio en agradecimiento por aportar a este proyecto todos los insumos que permitieron su realización.



Ilustración 12 Ejercicio influenciado por el autor Samuel Beckett para la asignatura de poéticas.